

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

SATORI

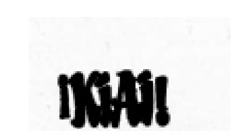


HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

SATORI

Colección KIAI n°. 7
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

2— *Con el sudor del prójimo.* Ralph Barby,

3— *Lady Serpiente.* Clark Carrados.

4— *El agua dormida.* Lou Carrigan.

5— *¡Misses, a la pasarela!* Ralph Barby.

6— *El caballero y el dragón.* Clark Carrados.

ISBN 84 02-04952-4
Depósito legal: B. 52.320 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1977

© Lou Carrigan - 1977
texto

© Miguel Garda - 1977
Cubierta

Documentación gráfica cedida por la sala de judo Shudo-Kan

Concedidos derechos, exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152. Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

—*Hajime!*[1].

Cada contendiente en un lado del *tatami*[2]; ambos efectuaron la inclinación de cabeza, el saludo al oponente al comenzar el combate, el *shiai.* Era el último de la jornada, la final. El silencio era total en el *dojo*[3] rectangular, sito en una de las céntricas avenidas de Tokio.

Los contendientes eran Masao Wajima y Kenjiro Sato. Los dos grandes, los dos finalistas. El resultado hasta el momento no había sorprendido a nadie, en realidad. Uno y otro habían ido venciendo en sus respectivos combates de clasificación con cierta facilidad. Los dos eran 5.° *Dan*[4], los dos habían sido formados desde la niñez por buenos maestros. Especialmente, Masao Wajima, que siempre había estado bajo la dirección de *Sensei,* el viejo Maestro que, actualmente, vivía retirado en su casa de campo, su modesto *ryokan* rodeado de un hermoso jardín donde todo era paz y serenidad, donde el Maestro podía dedicar su tiempo a meditar, para adquirir mejores y más puros pensamientos.

La presencia de *Sensei* en Tokio era verdaderamente excepcional. Sólo un acontecimiento como aquel podía haberle sacado de su retiro. *Sensei* disponía en todo Japón de varios *dojos,* al frente de cada cual había colocado a uno de sus alumnos de confianza, respaldado por viejos consejeros a su vez discípulos y, sobre todo, amigos del Maestro. Todos los *dojos,* a su vez, eran dirigidos por un solo judoka, un discípulo del Maestro. Por supuesto, este cargo de director general y visitador de todos los *dojos* era deseado por todos los grandes judokas y, el hecho de acceder a un puesto de tal categoría e importancia lo decía todo sobre el judoka en cuestión; era el mejor entre los mejores discípulos de *Sensei.* Sin discusión posible, el mejor.

Masao Wajima era el favorito de todos los judokas que llenaban el *dojo* aquel memorable día en que había que buscar un sustituto al anterior director general y visitador, muerto hacía tres semanas en un accidente de aviación. Wajima era favorito por varios motivos. El primero de ellos, que era un auténtico judoka; serio, amable, cortés, benévolo, sencillo, modesto… El segundo, que todos los judokas allí reunidos conocían a Wajima desde que, a los cinco años de edad, esto es, hacía ni más ni menos que veintisiete años, comenzó a practicar el judo precisamente allí, en aquel *dojo,* bajo la dirección personal de *Sensei.* Y en tercer lugar, pero no menos importante, que Kenjiro Sato era una bestia.

Así como suena. No tenía ni una sola de las cualidades morales de Masao Wajima.

Cierto que se había convertido en discípulo de *Sensei* hacía tan sólo cuatro años, cuando ya el viejo Maestro estaba a punto de

retirarse, pero, en definitiva, cualquier buen Maestro de judo sabe inculcar en sus discípulos el comportamiento adecuado a la nobleza de un judoka, por lo que la conclusión era muy fácil: Kenjiro Sato era una bestia de natural, y se desconfiaba ya de que ningún Maestro pudiese sacar buen partido de él.

Esto, en cuanto a su personalidad moral.

En cuanto a su personalidad física, la cosa cambiaba como de la noche al día, En este sentido, Kenjiro Sato no tenía rival, y todos lo sabían. Deseaban que venciese Wajima, pero nadie se hacía ilusiones. Ni la más pequeña ilusión. Por eso, cuando sonó la voz de *hajime,* se hizo un silencio total, y todas las cabezas se volvieron un instante hacia *Sensei,* hacia el viejo Maestro que presidía el *joseki*[5] en el palco central de honor, rodeado de los viejos judokas con los que durante tantos años había vivido en el judo, para el judo, por el judo...

Para el judo auténtico, expresado no sólo por la fuerza, la potencia o la habilidad física, sino por la actitud mental de todos y cada uno de los judokas, de los cuales Masao Wajima era la representación perfecta, el espejo donde se miraban los niños que llegaban para empezar a aprender la disciplina creada por Jigoro Kano, el Gran Maestro, *O Sensei*[6], el creador y fundador del Kodokan[7], que había montado su nuevo arte de defensa sobre dos palabras clave, fundamentales: *JU,* es decir, la agilidad, la flexibilidad, el desarrollo físico armónico con la habilidad perfecta; *DO,* Vía o Camino, es decir, el modo correcto de comportarse en la vida en todo momento. Y para que nadie olvidase esto en ningún momento, además de la frase mundialmente conocida, «la cortesía es la principal regla del judo», el Gran Maestro había dejados establecidos bien claros estos dos principios:

Jl TA KYO El, que significa amistad y progreso mutuos.

SEIRYOKU ZEN YO, que significa el mejor empleo de la energía humana.

Sin duda alguna, Kenjiro Sato había aprendido perfectamente el segundo principio, más no el primero. En cuanto al empleo de su energía, no parecía que pudiese aprender ya mucha cosa más. Pero, en cuanto a «amistad y progreso mutuos», Kenjiro Sato se reía de esto. El que quisiera progresar que se espabilara. ¿Amistad? ¿Qué quiere decir AMISTAD?

Allí no había amistad ni había nada de nada. Sólo un combate que para el vencedor significaría la relativa gloria, pero indiscutiblemente el gran prestigio de ser el enviado de *Sensei* a todos sus *aojes* de Japón y, eventualmente, a los que tenía repartidos por el resto del mundo al frente de sus muchos hijos, nietos, biznietos y discípulos de confianza que hablaban otros idiomas que el japonés. El

propio Kenjiro Sato, cuyas ambiciones no tenían límite, había aprendido a fondo el inglés, cosa fácil en el Japón actual, y el francés, con voluntariosos estudios. Era el hombre que no se detiene ante nada, que llega desde lo más bajo pegando duro a todo lo que se le pone por delante. Metro setenta, hombros de acero, cintura poderosa, manos tan poderosas que no se puede explicar, mentalidad clara en la lucha, ideas rápidas, decisión de rayo, moral a toda prueba. Kenjiro Sato, 5.° *Dan* a sus treinta años justos, era el proyectil que nadie puede detener.

¿O quizá podría Masao Wajima, a fin de cuentas?

Las manos de ambos se habían cruzado en el aire, pausadas, sin brusquedades. Ninguno de los dos se iba a oponer al inevitable *KUMI KAIA,* esto es, al agarre de su *judogi* por las manos del otro, ya que sin ello, difícilmente podría haber combate. Con una sola mano, cualquiera de ellos podía agarrar a un hombre por la ropa y arrancársela de un tirón, destrozada, como si fuese de papel. Eran manos que llevaban veinticinco años haciendo presa, tirando, empujando, retorciendo, deteniendo... Manos como tenazas.

Con las debidas precauciones, con engañosa suavidad, ambos fueron acomodando sus manos en el *kumi Kata,* agarrando la ropa, prensándola, buscando el punto exacto, el punto adecuado...

Y apenas iniciado esto, el rayo descargó.

En el aire sonó su «kiai», y el respingo de los espectadores, todos ellos judokas.

— ¡DoAAAAAA...! —gritó Kenjiro Sato.

Y al mismo tiempo, lanzaba su primer ataque. Un *yama arashi* escalofriante**8**, capaz de estrellar contra una pared a un hombre de doscientos kilos. Fue un ataque bien realizado: Sato pasó su mano derecha a la solapa derecha de la chaqueta de Wajima, la mano izquierda tiró de la ropa del codo derecho, su cuerpo giró, recibió sobre la cadera derecha a Wajima, se inclinó hasta que su cabeza casi tocó el suelo mientras giraba hacia la izquierda, y, al mismo tiempo, su pierna derecha salía disparada, en una siega perfecta de aquel cuerpo que acababa de cargar en su cadera...

Perfecto.

Pero, cuando todos temían que Wajima se estrellase de espaldas contra el *tatami,* lo que habría significado el final del combate, Wajima giró inverosímilmente en el aire, y cayó de bruces completamente.

—*Koka!9* —cantó el árbitro central, alzando su brazo derecho doblado, con la mano extendida y a la altura de la cabeza.

En seguida miró a los dos jueces de silla., colocados en extremos diagonales del *tatami y,* puesto que los vio impasibles, supo que su puntuación había sido correcta.

Wajima había girado rápidamente, escapando al ataque de Sato, que había pretendido continuar en el suelo, para inmovilizarlo, estrangularlo, o apresar su brazo en una llave que le habría obligado a abandonar... También Sato se incorporó rápidamente, encarando a su contrincante.

En el fondo de los ojos de Sato había una chispa de furia. ¿Cómo se había permitido Wajima escapar de su temible y temido *yanta arashi?* La respuesta, naturalmente, la conocía muy bien el propio Kenjiro Sato: *yama arashi* era su *tukui,* es decir, su movimiento especial, el más utilizado, y, lógicamente, Wajima lo sabía, y estaba prevenido contra él...

Otro respingo brotó de les judokas espectadores cuando fue Wajima quien pasó al ataque apenas se hubieron asido de nuevo por la ropa. En el aire casi vibró el *ippon* cuando Wajima cazó a Sato con su *harai goshi,* movimiento igualmente de cadera que debía haber pasado a Sato por encima de la cadera derecha de Wajima para estrellarlo en el *tatami* ante él.

Pero, aunque con menos agilidad que Wajima, también Sato giró, y no cayó de espaldas, sino de costado. El árbitro extendió su brazo recto, señalando hacia el *tatami* en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—*Yuko!* —cantó con voz clara y vibrante.

Los dos jueces de silla permanecieron impávidos. En el aire había una especie de suspiro de satisfacción. En los rostros de los espectadores comenzaba a aparecer la esperanza. Hacerle un *yuko* a Sato era algo casi increíble, fuera del alcance de lo que pudiera definirse como un ser «normal».

De nuevo agarrados, y ya sabiendo ambos perfectamente que, en efecto, el más pequeño descuido sería aprovechado por el oponente, los dos judokas iniciaron un forcejeo que los fue desplazando por todo *el tatami.* Pequeños ataques, amagos, tirones, movimientos de engaño... Cuatro minutos. Cinco. Seis. Siete... El combate era a quince minutos. El sudor brotaba copiosamente de ambos judokas...

—DoAAAAA...! —aulló Kenjiro Sato.

Fue un fortísimo ataque en o *soto gari,* el gran barrido exterior de la pierna que se ataca. Un movimiento que podía derribar de espaldas a Wajima, estrellándolo fuertemente contra el *tatami.* Pero Wajima resistió, giró, contraatacó con el mismo ataque, y a su vez fue Sato quien giró, de nuevo en posición favorable para el ataque...

—*Mate!* [10]—gritó el árbitro.

Inmediatamente, y obedeciendo la voz arbitral, Wajima dejó de luchar. A esta voz, debían separarse, y volver al centro del tapiz. Y ello, porque en aquel último ataque de Sato, ambos habían salido ya de la zona de combate, y estaban a punto de rebasar incluso la de

seguridad. Era, pues, correcta la voz del árbitro.

Pero...

Pero Sato «no la oyó», y terminó su ataque, fulminando a Wajima contra el *tatami.* En el acto, los comedidos espectadores judokas se pusieron en pie a la vez, emitiendo un rugido de furia, y alguna que otra palabra que expresaba claramente el descontento. Wajima no dijo nada. Se puso en pie, y fue hacia el centro del tapiz, mientras el árbitro central, tras agitar la mano derecha por encima de su cabeza, indicando que la acción era nula, hacía un gesto interrogante, mirando a uno y otro juez de silla. Los dos asintieron con la cabeza. Se comprendían perfectamente. El árbitro esperó a que el irritado Sato volviese a su posición de inicio de combate, y lo señaló con la mano.

—*Chui!*[11]—penalizó.

La cabeza de Sato giró hacia el árbitro con un gesto increíblemente veloz. Los ojos parecieron convertirse en hielo.

—¿Porqué? —gruñó—. ¡Ese *chui* es injusto!

Un silencio de hielo se extendió por el *dojo.* Las miradas iban hacia el Maestro, que permanecía impávido en su asiento del palco. ¡Sato había discutido la decisión del viejo Inogu, flor y nata del arbitraje japonés, árbitro internacional, árbitro mundial...! Pero, sobre todo, siempre honesto. Y, sobre todo, ¿cómo se había atrevido a tal imprudencia y descortesía?

Inogu, 7.° *Dan,* se quedó mirando inexpresivamente a Sato. Luego, llamó a los dos jueces, que esta vez se alzaron de sus asientos y se reunieron con él en un lado del *tatami,* los tres de frente al palco donde estaba el *joseki.*

La conversación de los tres árbitros fue breve. Ni siquiera duró cinco segundos. Los dos jueces de silla volvieron a su asiento, Inogu se colocó en el centro, miró a Sato y le hizo señales para que se arrodillase. Kenjiro Sato palideció. Su boca se abrió, hubo un estremecimiento de rabia en su cuerpo... Pero finalmente el sentido común pudo más que sus impulsos, y se arrodilló, sabiendo perfectamente lo que le esperaba.

Inogu lo señaló de nuevo.

—*Keikoku!*

En el público hubo un murmullo de satisfacción. Por poco listo y hábil que fuese Wajima, y lo era mucho, tenía el combate ganado. Todo lo que tenía que hacer era mantener controlado a Sato, sin arriesgar demasiado, efectuando ataques poco comprometidos...

—DoaaaAAAAAAÁA...!

Fue alucinante.

Kenjiro Sato atacó en *makikomi,* esto es, metiéndose entre los brazos de Wajima y pasando el suyo derecho por la parte exterior del

derecho de Wajima, mientras su cuerpo giraba hacia la izquierda poderosamente... Masao Wajima no pudo resistir esto; fue arrancado del .suelo, giró cuanto pudo para evitar el espaldarazo, pero allá fue con todo su cuerpo al *tatami,* con Sato pegado a su costado derecho, controlándose casi perfectamente.

Casi.

—*Wazari!* —cantó el árbitro Inogu, extendiendo su brazo derecho a todo lo largo, horizontal al suelo y a la altura de sus hombros.

Sato aprovechó bien la ocasión. En la lucha de pie *(Nage Waza)* era temible; en la lucha en el suelo *(Ne Waza),* era prácticamente invencible. En una fracción de segundo había empalmado su *makikomi* con la inmovilización *kuzure kesa gatame,* sujetando a Wajima con su mano izquierda por el codo derecho metido bajo su sobaco; la derecha, por encima de Wajima, controlando sus movimientos de giro hacia la Izquierda; su costado, hundiendo el hígado de Wajima, cortándole la respiración de un modo atroz, a menos que se estuviese quieto.

El silencio era absoluto en el *dojo.* El reloj electrónico Iba contando los segundos: dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco... Sato tenía ya también *wazari* a su favor, por haber mantenido por el momento la inmovilización durante veinticinco segundos... y eso, pese a los esfuerzos de Wajima. Cuando estaban en el segundo veintiocho, pareció que Wajima fuese a quitarse de encima a Sato, y hubo un suspiro de esperanza...

Esperanza vana.

Veintinueve. Treinta.

Inogu alzó su brazo por encima de su cabeza, con gesto seco, enérgico.

—*Ippon! Sore made!*[12].

Kenjiro Sato se puso en pie de un salto, y continuó saltando mientras Wajima se alzaba e iba a colocarse en su sitio. Sato corrió también al suyo, y esperó, sonriente. El árbitro Inogu le señaló a él, naturalmente. Vencedor. Todo había terminado. En el *dojo* resonaron unos cuantos aplausos de cortesía Masao Wajima se acercó a felicitar a su vencedor con más intimidad que el saludo habitual.

—Buena suerte, Kenjiro.

—Sabias que ibas a perder, ¿no es así? —sonrió Sato.

Masao Wajima parpadeó. Luego, emitió su respuesta:

—Ningún combate se ha ganado con la lengua, Kenjiro. Has vencido, y te felicito. Pero dime, ¿crees que me vencerías en todos los combates que hiciésemos tú y yo?

—Naturalmente.

—En ese caso, yo diría que parece que no has entendido el judo. ¿Vienes a ducharte?

—Iré en seguida.

Los dos saludaron hacia el *joseki,* y acto seguido abandonaron el *tatami.* La matinal de judo había terminado. Con un plato fuerte, por cierto. Nadie protestaba por el hecho de que hubiese vencido Kenjiro Sato; simplemente, les habría gustado más que hubiese vencido Wajima. Pero…

Durante unos minutos, Kenjiro estuvo todavía en la sala, recibiendo felicitaciones de sus más adictos amigos, cortesías de los grados altos y una sugerencia sabia:

— ¿No crees que deberías disculparte con Inogu, Kenjiro?

— ¡No tengo que disculparme con nadie! ¡Y no quiero hablar más de ese *chui!* ¡Y menos aún del *keikoku!*

—Bueno, allá tú. Será mejor que te vayas a duchar, o te vas a enfriar.

Kenjiro dirigió una mirada hacia el *joseki.* Todavía estaban allí todos sus miembros, encabezados por *Sensei,* naturalmente. Estaban cambiando comentarios, cotejando cartulinas… Kenjiro sabía que tenía tiempo de ducharse, y que eso era lo prudente y conveniente, así que se fue hacia los vestuarios.

Veinte minutos más tarde, ahora Impecables, los judokas que habían participado en el torneo privado de judo estaban formados ante el *joseki,* ya duchados, con ropa limpia, peinados, impecables. Los miembros del tribunal fueron leyendo calificaciones y opiniones sobre los participantes, y repartiendo entre ellos los trofeos. Finalmente, quedaron por mencionar solamente Masao Wajima y Kenjiro Sato. A éstos se dirigiría *Sensei* en persona.

Y en efecto, *el* viejo Maestro se puso en pie. Y dijo:

— Kenjiro Sato ha conseguido la máxima eficacia en judo, y debo felicitarlo por ello, como ganador de nuestro torneo. Conste mi felicitación y el trofeo a su victoria. El nuevo director general de nuestros *dojos* es Masao Wajima. Felicidades a los dos.

Un frío silencio, como de muerte, pareció inundar el *dejo.* ¿Masao Wajima iba a ser el nuevo director general…? ¡Pero si el vencedor era Kenjiro Sato! Este, lívido, contemplaba con expresión desorbitada a su Maestro. ¿Había oído bien, o había tenido una pesadilla estando despierto?

—Agradezco a todos vuestra colaboración y vuestra presencia —dijo *Sensei,* tras unos segundos de silencio—. *Ji ta Kyo ei.*

Inclinó la cabeza en saludo a todos, que fue respondido a toda prisa, y dando media vuelta abandonó el palco.

CAPÍTULO II

Kenjiro Sato llegó con su «Honda 750» al *ryokan* donde el Maestro vivía su retirada y apacible vida. Kenjiro no tenía la menor duda de que, en cuanto salió del *dejo* de Tokio, *Sensei* se había retirado a toda prisa a su lugar de meditación, así que sabía que lo encontraría allí.

Dejó su formidable motocicleta apoyada en un árbol, y fue a la casa del Maestro, a la que entró sin miramiento alguno, la cruzó y salió finalmente a la parte de atrás, donde estaba el gran porche de madera que daba al amplio y bellísimo jardín...

Y, en efecto, el Maestro estaba allí.

Había estado rodeado de pájaros, que alzaron el vuelo, asustados, cuando apareció Kenjiro Sato, con violencia, haciendo retemblar las tablas cuidadosamente barnizadas, y gritando:

— ¡Yo fui el vencedor del *shiai!* ¡Yo debo ser el nuevo director general y visitador consejero de todos los *dojos* de usted en Japón! ¡Usted no ha sido justo!

Con un revuelo, piando asustados, los pájaros se habían apresurado a ganar las copas de los árboles cercanos, dejando alguna diminuta pluma en el aire, y la sensación de algo bello y delicado roto brutalmente. El Maestro se había quedado con un brazo tendido, como si todavía tuviese sobre él algunos de aquellos pajarillos. Al parecer, el Maestro no se asustó; ni siquiera se alteró. Simplemente, despacio, volvió su negra mirada hacia Kenjiro Sato, y la dejó fija en él.

— ¿Has colocado tu tablilla en el vestíbulo, Kenjiro? —preguntó apaciblemente.

Kenjiro Sato, que se hallaba congestionado por la furia, y dispuesto a gritar hasta las estrellas, pues estaba convencido de que tenía razón, cerró de pronto su boca, y se mordió los labios un instante,

—No —murmuró.

— ¿Quieres hacerlo ahora, por favor?

Kenjiro Sato soltó un gruñido, dio media vuelta y cruzó de nuevo la casa, de grandes paneles de papel especial, corredizos. Vivir en aquella casa sencilla, austera y silenciosa, era prácticamente como vivir en el jardín... Kenjiro llegó al vestíbulo, sacó su tablilla del arma rito, y la colocó en el gancho. Era la única, o sea, que estarían a solas él y el Maestro. Ni siquiera se había fijado en esto al llegar. Había

cometido la descortesía de entrar en la casa del Maestro sin asegurarse de si tenía visita o no, con lo que, quizá, su llegada aún habría sido más inoportuna.

— ¿La has colocado ya?

—Sí —mascullo Sato.

Y se sentó, con las piernas cruzadas, delante de *Sensei,* que estaba en la misma postura. *Sensei* se quedó mirándolo atentamente, de nuevo. Pero esta vez, no dijo nada; simplemente, miraba a Kenjiro Sato, como si no conociese ya perfectamente aquellas facciones hermosas e inteligentes, los grandes ojos oscuros, la arrogancia de aquel judoka, uno de los mejores que había pasado por su escuela. Kenjiro Sato, con un metro setenta, hombros anchísimos, torso como esculpido en granito, cuello que parecía de puro bronce, cabellos lacios y cortados en muy discreta melena, era sencillamente impresionante. Bastaba verlo para comprender que era una locura ganárselo como enemigo...

Finalmente, Kenjiro comprendió, y el color de su rostro se intensificó, debido al sofoco. Se pasó la lengua por los labios, y, lentamente, se puso en pie, quedando así ante el Maestro, inmóvil.

Sensei desvió la mirada de su discípulo, y la elevó hacia el cielo, donde «se perdió». A juicio de Kenjiro, la mirada del Maestro se había perdido en el infinito azul de la tarde de otoño. Si Kenjiro era impresionante, más impresionante aún era aquel anciano de blancos cabellos y cuerpo delgado, cubierto por el blanco kimono.

Era como una visión irreal, de una pureza física sorprendente, desconcertante.

Los ojos del Maestro se cerraron. Y durante una hora por lo menos, permaneció así. En el jardín se oía el canto de los pajarillos, pero no se atrevían a volver junto al viejo ser humano al que nunca habían temido. Generaciones y generaciones de pajarillos habían acudido al jardín de *Sensei,* con toda tranquilidad, como si aquel ser humano fuese uno de ellos. El silencio era tan denso que, además del canto de los pájaros, Kenjiro oía también el rumor de la fuente-lago del jardín. Entonces, el silencio no era completo, pensó. Y sin embargo, ¡qué sensación de silencio, de paz absoluta!

El Maestro abrió de pronto los ojos, y miró a Kenjiro.

— ¿Dices que no he sido justo contigo?

— No, Maestro, no lo ha sido.

—Tienes razón —asintió *Sensei,* para espanto de Kenjiro—; por tu culpa, yo, en el día de hoy, no he sido justo.

— ¿Por mi culpa? ¡Yo gané el...!

—Ganaste. Pero yo siempre he dicho que en cada lugar y en cada ocasión debe estar el hombre adecuado en el momento adecuado. ¿Entiendes esto, Kenjiro?

—Sí… Eso lo entiendo, Maestro.

—Gracias. Entonces, puedo decirte que tú no eres el hombre adecuado para representarme en Japón. Y mucho menos, fuera de Japón.

— ¿Masao lo es?

—Sí.

—Hay unas normas en el *shiai* para el nombramiento del nuevo director general. Normas que usted mismo creó, Maestro. Usted ha faltado a sus propias normas, que son conceder ese puesto al ganador.

—Tú ganaste en JU, y Masao ganó en DO. Si tenemos en cuenta que esto podría considerarse como un combate nulo, yo podía elegir a cualquiera de los dos. Pero, realmente, tal como estás pensando, esto sólo son palabras con las que yo intentaría justificar la injusticia que he cometido contigo. Solamente los necios niegan la verdad sobre sí mismos a ellos mismos. Y como yo tengo la pretensión de no ser un necio, lo admito: no he sido justo contigo. Pero sí con Masao. Y sobre todo, he sido justo con mis discípulos de todo Japón…

—*Sensei*…

—Espera. Estoy hablando yo. No lleves tu descortesía a todos los extremos, Kenjiro. Calla y escucha. Dime, ¿has sido justo tú cuando has entrado violentamente en mi morada, pisando fuerte y gritando, y privándome del placer que me proporciona la compañía de los pájaros? Contesta, Kenjiro.

Sato se pasó la lengua por los labios.

—No… —murmuró—. No he sido justo, Maestro.

—Eso significa que tú también puedes ser injusto, ¿no es así? Y puedes ser injusto porque, a fin de cuentas, eres solamente un ser humano. Yo también soy solamente un ser humano, Kenjiro, no un dios. Por lo tanto, puedo ser injusto en ocasiones. ¿Alguna vez me has oído decir que soy el único infalible y sabio?

—No, Maestro.

—Esto nos lleva a la muy lógica y natural conclusión de que los dos somos simples seres humanos. En el día de hoy, los dos hemos fallado, los dos hemos sido injustos. Y no me digas que en este intercambio de injusticias tú has perdido más que yo, pues eso podría ser objeto de discusión hasta el fin de mis días. ¿Por qué se habría que valorar en más tu puesto de visitador que mi placer por la compañía de los pájaros? Es posible, incluso, que comparando la pérdida experimentada por cada uno, yo fuese el más perjudicado. ¿Estás de acuerdo con esto?

—No, Maestro.

—¿No? Hablemos de la vida. De nuestras vidas… Es muy posible que tú puedas vivir todavía setenta u ochenta años, si continúas tratando tu cuerpo como hasta ahora. Dime, ¿cuántos años crees que

puedo vivir yo?

—Maestro, yo le deseo la más larga vida del mundo.

—Te creo —sonrió el Maestro—. Te creo porque sé que siempre dices lo que piensas. Pero no siempre dices lo correcto, Kenjiro. ¿Qué te sugiere esto?

—Que no pienso lo correcto, Maestro.

—En el día de hoy, estás aprendiendo mucho. A mí, me quedan pocos años para disfrutar de la compañía de los pájaros. ¿He dicho años? Quizá sean solamente días, o unas pocas semanas. A ti te quedan, cuando menos en teoría, muchísimos años. Kenjiro, ¿cuántos placeres y satisfacciones alcanzarás tú que ya están fuera de mi alcance?

—Masao Wajima es tan joven como yo, y dudo que muera a tiempo para que yo pueda ocupar alguna vez ese puesto. Lo que quiere decir que jamás seré director general de sus *dojos,* Maestro.

—Hay otras cosas en la vida.

—Para un judoka...

—Antes que judoka, eres hombre, eres persona. Como persona, también se pueden escalar altos puestos. Kenjiro, ¿en qué puesto te sitúas tú como persona?

—No lo sé, Maestro... —se desconcertó Sato—. No lo sé.

—Yo te lo voy a decir. Como judoka, eres admirado por todos tus compañeros. Admirado, respetado, envidiado. Pero... ¿te diste cuenta de que todos deseaban que ganase Masao Wajima?

—Sí... Sí, me di cuenta.

—Ello no es capricho, sino porque Masao Wajima está más alto que tú en su puesto como persona. ¿Lo entiendes?

—Sí, Maestro.

— ¿Y entiendes también que el judo es precisamente una disciplina para formar ante todo personas, para mejorar a los hombres no sólo físicamente, sino moralmente?

—Sí... Sí.

—Entonces, Kenjiro, ¿por qué no has aprendido el judo tal como es? Cuando te presentaste a mí, tu fama de violento ya me era conocida. No tienes DO, Kenjiro. Sin embargo, te admití como discípulo. ¿Nunca te has preguntado por qué?

—Nunca se me ha ocurrido... pensar en esto.

—El hombre debe pensar. Siempre debe pensar. Yo pensé que podría conseguir lo que otros Maestros no habían conseguido contigo: llevarte por el DO. Mi vanidad, ciertamente, ha sido castigada como merecía. Tienes treinta años, llevas veinticinco haciendo judo... y nada ha conseguido realmente el judo contigo. No eres el judoka enviado mío que puede dar el ejemplo que yo quiero que perciban los jóvenes discípulos de nuestro Japón. Así pues, Kenjiro, yo he preferido ser

injusto contigo que con Masao Wajima y con cientos de miles de muchachos. He preferido humillar mi vanidad de ser siempre justo, en beneficio de esos muchachos que esperan siempre lo mejor del judo. Contigo no habrían recibido lo mejor. Sé que te estoy haciendo daño…, pero piensa que aún más profundamente me he lastimado a mí mismo al no ser justo en mi decisión de esta mañana. De los dos, aunque puedes dudarlo, soy yo quien más sufre.

—*Sensei*…

—No vuelvas a interrumpirme. Cuando el Maestro habla, el discípulo escucha. Por dos razones. Una, que el respeto hacia los demás tiene que ser básico en la vida de todo hombre. Dos, porque tú también tendrás tu turno de hablar, y yo te escucharé. Es un intercambio de respetos, y esto tiene sentido, porque si no respetas, no serás respetado. Y ahora dime si estoy equivocado contigo: eres violento, no amas a nadie, no sabes lo que significa compasión o simple benevolencia, no te interesa el prójimo, no tienes verdaderos amigos, no eres tolerante, ni comprensivo, ni amable, ni siquiera eres cortés. ¿Puedes decirme porqué?

—No… No puedo, Maestro; no lo sé.

—Pero ¿admites ser así?

—No lo sé, Maestro.

—Yo sí sé que eres así. Y creo saber el por qué.

— ¿Usted lo sabe? —exclamó Kenjiro—. ¡Dígame…!

—Todavía no. Yo sé perfectamente qué es lo que te falta, Kenjiro, pero todavía no te lo voy a decir, porque antes de decírtelo quiero que lo comprendas por ti mismo, o, al menos, que te pongas en el camino de comprenderlo. Debo advertirte, sin embargo, que en ese camino puedes morir.

—Morir no es nada —aseguró Kenjiro.

El Maestro lo miró; miró luego el cielo, las flores de su jardín, la límpida agua de su fuente-lago, la tierra roja fresca y cuidada, los altos árboles llenos de pajarillos…

—Bueno… —el Maestro sonrió, moviendo la cabeza —.

Digamos más bien que la muerte no es nada para los vivos, puesto que no la conocen. Pero, Kenjiro, la muerte tiene que ser *algo*. Bueno o malo, peor o mejor que la vida, pero… algo, en fin. Yo tengo deseos de conocer la muerte. Deseos, pero no prisa. Por mucho que tarde, no creo llegar a ella con retraso. ¿Lo comprendes?

—Sí, Maestro. He querido decir que no temo a la muerte.

—Eso está mejor explicado. Sé muy bien que no temes a nada ni a nadie, pero me pregunto si estás dispuesto a hacer algo que podría costarte la vida.

—Si usted me lo pide, sí, Maestro.

—No te lo pido. Simplemente, te he elegido. Hace ya tres días

que debí hablarte de esto, pero me pareció demasiada injusticia impedirte aunque sólo fuese ganar físicamente el torneo. Quise concederte esa satisfacción, al menos, antes de ponerte en camino,

Kenjiro Sato estuvo unos segundos boquiabierto.

—Maestro... ¿quiere decir que usted sabía que yo ganaría?

—Sí. Pero mi decisión sobre conceder el puesto a Masao Wajima ya estaba tomada. También sabía que luego vendrías aquí, a pedirme explicaciones —*Sensei* sonrió maliciosamente—. Seguramente, nadie más que tú se habría atrevido a tanto. Pero yo te esperaba. Te esperaba, porque puedo demostrarte que hay algo más allá y más acá de ese puesto que tanto te ha disgustado no obtener. Puedo demostrártelo... si aceptas arriesgar tu vida.

—Acepto, Maestro.

—Dentro de la casa, sobre mi vieja mesa de té, hay un sobre blanco. Tráelo, por favor.

Kenjiro fue a por el sobre. Regresó, se lo tendió a su Maestro y éste señaló el piso de tablas, ante él.

—Ahora, puedes sentarte.

Sato se mordió de nuevo los labios, y se sentó, tras hacer una reverencia al Maestro. Este abrió el sobre, y de él sacó una cartulina rectangular, que tendió a Sato. Este contempló, cada vez más asombrado, el grabado que había en la cartulina: figuraba una estrella negra de seis puntas; en el centro, como si la estrella fuese un rostro, habían dos orificios en blanco que figuraban unos ojos de extremos alzados con gesto de furia; la boca era una raya curva, con los extremos hacia abajo, en claro gesto hosco, hostil, incluso amargo.

—Es la marca de la *Kuro Arashi*[13] —sonrió el Maestro—. La envío en ocasiones, y por diferentes motivos. Todos mis discípulos... especiales tienen el derecho de luchar alguna vez en las filas de *Kuro Arashi.* Tú no habías sido informado de esto porque no me pareció llegado el momento, hasta hoy. Has perdido algo..., y yo quiero darte la oportunidad de ganar algo. Algo para ti y para los demás... Como bien sabes, tengo muchos hijos, nietos y biznietos distribuidos por todo el mundo; de cuando en cuando, recibo noticias de ellos, y aunque casi siempre son noticias personales, de índole familiar, alguna vez no es así; alguna vez, se me informa de que en alguna parte del mundo, algo va mal, por culpa de los hombres. Entonces, yo envío a ese lugar a uno de mis discípulos, para que haga caer una negra tempestad sobre aquel o aquellos cuyo comportamiento no es bueno. Tras estudiar los informes que recibo, me dedico a pensar cuál es el mejor de mis discípulos para la ocasión; el hombre adecuado en el momento y lugar adecuado. En esta ocasión, creo que tú eres el hombre adecuado para ir a Bangkok, en nombre de la *Kuro Arashi.*

Kenjiro estaba atónito.

— ¿Por qué yo, Maestro? ¿Qué tengo que hacer en Bangkok?

—Te contestaré por orden. Te he elegido a ti precisamente porque tienes... una rabia interior, una violencia que, lamentablemente, puede ser necesaria en esta ocasión. En realidad, estoy seguro de ello, porque ya me han matado a dos discípulos.

— ¿Qué...?

—Un aikidoka, que fue enviado por mí en primer lugar, y un karateka, que fue a enterarse de lo que había costado la vida al aikidoka. A éste lo llamaremos A, y al karateka, lo llamaremos K, simplemente. Ambos, uno tras otro, aparecieron muertos, con el cráneo hundido de un solo golpe y todos los huesos... rotos también a golpes. No, no utilizaron armas. Tengo allá, en Bangkok, a un viejo amigo chino, llamado Yun Tao, que fue quien informó a un nieto mío que está enseñando kendo en Bangkok, que mis enviados habían aparecido muertos a golpes... Quizá te estás preguntando por qué no encargué de intervenir en ese asunto a mi nieto y a Yun Tao, pero la respuesta es sencilla: no quiero que los residentes en el lugar de la acción intervengan, salvo causas de absoluta necesidad. Por eso, envié primero a A y luego a K. En Bangkok, primero uno y luego el otro, se pusieron en contacto con Yun Tao, que les dio las instrucciones oportunas para que se introdujesen en el asunto. Lo siguiente que supo Yun Tao de ellos fue que, primero uno y luego el otro, claro está, fueron encontrados en callejones Se Bangkok, machacados a golpes. Nada de armas; golpes con las manos, al parecer.

—Pero... ¿qué es lo que ocurre en Bangkok? ¿Por qué envió usted allá a A y a K?

—Yun Tao conoce... o conocía en Bangkok a un tailandés llamado Tin Maeng, que vive en una chabola junto a la de Yun Tao, en la orilla del Chao Phraya. Una noche, Yun Tao oyó hablar a su vecino Tin Maeng con otro hombre, que luego se fue, y aunque Yun Tao intentó verlo, no pudo conseguirlo, debido a la oscuridad; tampoco pudo seguirlo, porque el hombre se fue en una lancha pequeña y rápida. Pero Yun Tao había oído suficiente: al parecer, Tin Maeng, y su visitante, pertenecen a una organización dedicada al asesinato internacional, que tiene su sede precisamente en Bangkok. Por supuesto, Yun Tao se apresuró a informarme de ello, y yo envié a A a investigar. Tan sólo dos días más tarde, A aparecía muerto como te he explicado. Inmediatamente, y tras explicarle cómo estaban las cosas, envié a K, para que continuase la labor de A, vigilando a Tin Maeng... Hace tres días, recibí por correo un sobre, procedente de Bangkok, que contenía unas fotografías que ahora te mostraré. Y también recibí un mensaje de Yun Tao que me decía que había sido hallado el cadáver de K, en el mismo estado que el de A. En cuanto a Tin Maeng, ha desaparecido.

— ¿Todo eso se lo ha ido informando sucesivamente Yun Tao?

—Así es.

—Bien... Pero ahora, si ha desaparecido Tin Maeng, va no disponemos de ninguna pista, Maestro.

—Tenemos las fotografías —alzó *Sensei* el sobre—. Te diré cómo llegaron a manos de Yun Tao, que una vez reveladas se apresuró a enviármelas con un informe. Hace unas noches, un muchacho fue a la chabola de Yun Tao, y le dijo que un japonés le había dado un pequeño paquete para que se lo llevase a él, que a cambio le entregaría cien bath; por la descripción que el muchacho hizo del japonés, Yun Tao comprendió que se trataba de K. Se quedó el paquete, que contenía un estuche hermético con película, le dio al muchacho los cien bath, y, naturalmente, quiso saber más cosas sobre K. El muchacho

sólo supo decirle que el japonés había aparecido ante él en una calleja, le había dado el paquete, le había dicho cómo encontrar a Yun Tao, y luego había desaparecido... Ante la recompensa, y tras comprobar que por el contenido del pequeño paquete, si se lo quedaba, no podría obtener cien bath, el muchacho optó por llevarlo a Yun Tao, con la esperanza de que aquello fuese verdad. No sabía nada más... Al día siguiente, K aparecía muerto. Posteriormente, Yun Tao no ha conseguido volver a ver a su vecino Tin Maeng. ¿Se te ocurre algo al respecto, Kenjiro?

—Sí, Maestro.

—Te escucho.

—Pienso que K tomó esas fotografías, pero alguien se dio cuenta, y lo persiguieron. Entonces, K no tuvo mejor idea u oportunidad que entregar el estuche con las fotografías tomadas a ese muchacho, y continuar huyendo..., hasta que lo alcanzaron, y lo mataron. Debemos pensar que Tin Maeng se había dado cuenta de que lo vigilaba K, así que, después de matarlo, prefirió desaparecer, por si K tenía amigos que también le conociesen... O bien, Tin Maeng fue retirado por sus jefes, los que dirigen esa organización. Mientras tanto, Yun Tao recibía las fotografías, las revelaba, se las enviaba a usted con su informe, y finalmente le ha informado de que su vecino Tin Maeng ha desaparecido. Más o menos pudo ocurrir así, Maestro. Y ahora, por toda pista, sólo tenemos las fotografías. O sea, que K consiguió más que A, antes de morir.

— ¿Te das cuenta de lo fácil que es pensar, cuando se tiene inteligencia? Has dicho exactamente lo mismo que yo he pensado.

—Mi inteligencia está muy lejos de la suya, Maestro.

—Tu inteligencia, no; sólo tu modo de pensar. Bien, ¿quieres ir a Bangkok..., para saber qué les ha ocurrido a A y a K?

— ¿Qué ganaremos nosotros con todo eso?

—Esa es nuestra diferencia, Kenjiro: el modo de pensar. En algunas ocasiones, pido dinero a las personas que se benefician de *Kuro Arashi,* y lo destino a obras de beneficencia. En esta ocasión, no podemos pedirle dinero a nadie. Pero, si es cierto que existe esa organización, podemos darnos la satisfacción de destruirla.

—También podría ser que yo corra la misma suerte que A y K.

—Podría ser. Si eso ocurre, ya no enviaré a un solo budoka, sino que organizaré una... auténtica expedición. Y de todos modos, si necesitas ayuda, la tendrás, naturalmente. Yun Tao estará al corriente de tu llegada, y del lugar donde localizarte, que será el hotel Montien.

— ¿Por qué hace todo esto, Maestro?

— Porque ya he alcanzado el *satori,* hijo mío.

Kenjiro Sato parpadeó, antes de quedarse mirando fijamente a *Sensei.* ¿Qué podía tener que ver el *satori* con todo aquello, que le parecía una fantástica aventura, algo increíble? Sabía muy bien que el *satori* es algo así como un estado de gracia, la comprensión de la Verdad y la Vida. El *kokoro,* o forma que puede adoptar el espíritu de cada uno, recibe un día la luz, la comprensión de las cosas, y entonces el hombre alcanza el *satori.* Y cuando se alcanza el *satori,* el hombre ha alcanzado la paz para su espíritu, ya no tiene dudas, sabe lo que quiere, se conoce y vive en paz consigo mismo, que es la paz más difícil de lograr, el conocimiento más difícil de adquirir. Y el hombre que vive en paz consigo mismo es quien mejor podrá vivir en paz con sus semejantes, porque los comprenderá, y será tan tolerante con ellos como consigo mismo, y los amará como debe amarse a sí mismo. El *satori, o* estado de iluminación, de gracia, de paz, era algo que se podía envidiar, que realmente valía la pena envidiar a aquel que lo haya alcanzado...

—No me sorprende —musitó por fin Kenjiro—. Y quizá le entienda algún día, Maestro. ¿Puedo ver esas fotografías que según parece tomó K antes de que lo matasen y que envió a Yun Tao?

El Maestro entregó las fotografías a Kenjiro Sato, y éste las colocó ante sus ojos, todavía mirando al Maestro. Por fin, bajó la mirada hacia las fotografías.

Respingó fuertemente, y en seguida miró a *Sensei,* que sonreía con aquella simpática malicia de persona que ya había aprendido a comprenderlo todo.

—Es una bella flor, ¿no es cierto, Kenjiro?

Kenjiro Sato asintió con la cabeza, y volvió a mirar a la muchacha que aparecía en primerísimo plano en aquella fotografía en colores, ampliada. Era tan hermosa que cortaba el aliento. Era tan delicada, tan dulce, tan fresca, tan limpia, que, en efecto, sólo se la podía comparar con las más bellas flores del mundo. Sus ojos eran enormes, negros, brillantes, sonrientes. Su boca, de labios bien

dibujados y ligeramente gruesos le pareció a Sato un mundo de amor. Su piel era fina, sus facciones delicadas... Llevaba un casco con muchas puntas retorcidas, todo él bañado en oro, con una flor roja a un lado; un vestido de vivos colores, con los extremos de los hombros muy alzados; y sus manos se veías cerca de su rostro, con los dedos en una postura inverosímil, delicada, como si cada uno de .ellos fuese a echarse a volar..., en el supuesto de que aquellas fundas que los alargaban hasta convertirlos en larguísimas uñas, se lo hubiesen permitido.

Sato volvió a mirar a *Sensei.*

—Se llama Mai Korang —dijo el Maestro—. Es una bailarina tailandesa. Tiene diecisiete años. Por el momento, todo lo que sé de ella es esto, pero Yun Tao está haciendo más averiguaciones en Bangkok, de modo que cuando llegues allá, te pondrá al corriente de lo demás que haya podido saber.

Kenjiro miró de nuevo la fotografía, impresionado.

Pasó a la siguiente, que era parecida. La muchacha en primer plano, bailando. Al fondo se veían rostros de hombres, sentados a mesas en las que habían vasos y botellas.

—Según parece —musitó Kenjiro—, K se dedicó a tomar fotos de esta muchacha, así que ella debe saber algo de todo esto.

—No adelantes conclusiones —rechazó *Sensei—,* K no pudo decirnos lo que significaban estas fotografías, de modo que pueden significar muchas cosas. De todos modos, evidentemente, si fotografió a Mai Korang y tuvo buen cuidado de que las fotografías llegasen hasta Yun Tao, tiene que ser por un buen motivo.

— ¿Cuándo puedo salir hacia Bangkok?

—Inmediatamente, si lo deseas. Dentro del sobre hay dinero para todos tus gastos. Sé prudente.

— ¿En los gastos?

—Con tu vida. No quisiera perder a mi tercer discípulo. Y sobre todo, por favor, no te sobrevalores: piensa que A y K, en su Arte, no tenían nada que envidiarte a ti en el tuyo, eran de los mejores.

—Si les han roto la cabeza, no eran los mejores, Maestro. Yo haré picadillo a esa gente, sea quien fuere; los destruiré, los destrozaré, los disolveré como si en lugar de materia fuesen sólo simples motas de polvo...

—El polvo también es materia —recordó el Maestro—. Pero, realmente, si te he elegido a ti es porque tengo la impresión de que en Bangkok alguien se está mereciendo enfrentarse contigo y con tu mal genio. Pido a los cielos que sean clementes con esa gente.

—Los cielos no le escucharán a usted, Maestro, porque yo destrozaré a esa gente. ¿Cómo encontraré a Yun Tao?

—El te estará esperando en el aeropuerto Don Muang, de

Bangkok.

— ¿Y a la bailarina tailandesa?

—A ella la encontrarás más fácilmente aún, puesto que trabaja en el club nocturno del hotel Montien, en el cual vas a alojarte. Pero, es conveniente que todavía vayas mejor preparado, porque no sé lo que ha podido estar ocurriendo en Bangkok en las últimas veinticuatro horas. Concédeme diez minutos más de tu tiempo, y yo quedaré tranquilo, sabiendo que partirás hacia Bangkok con todas las garantías... razonables de que puedas regresar a Tokio.

Diecisiete minutos más tarde, Kenjiro Sato se alejaba de la casa de su Maestro, lanzando su «Honda 750» a buena velocidad... Y en el jardín, *Sensei* quedaba solo nuevamente. Es decir, por poco tiempo, porque los pajarillos comenzaron a aparecer de nuevo. De todos modos, poco estarían ya con él, porque la tarde iba muriendo, y pronto se acurrucarían en los árboles para pasar la noche.

Mientras contemplaba los últimos pajarillos del día en su mano, el viejo Maestro pensaba:

—No sé si he enviado un tigre a eliminar a unos cuantos gatos..., o acabo de enviar a un gatito a la guarida de una manada de tigres. Lo único que sé con toda certeza es que mi intención hacia Kenjiro Sato es buena. ¡Ojalá consiga hacerle comprender lo que deseo!

CAPÍTULO III

¿Qué vale más en el tigre: su fuerza o su astucia?

Tras mucho pensar en ello, Kenjiro Sato había llegado a la conclusión de que lo que realmente hacía del tigre un animal prácticamente invencible era la suma de ambas cualidades. Así pues, tomó una decisión astuta, destinada a ocultar su fuerza: en el mismo aeropuerto de Tokio, aquella mañana, había comprado una cámara fotográfica, que, unida a su ligero y convencional atuendo de turista, le haría confundirse entre millones y millones de personas..., a menos que se le mirase atentamente.

Pero, a simple vista, cuando Kenjiro Sato llegó al aeropuerto Don Muang de Bangkok, situado a unos treinta kilómetros de la capital tailandesa, parecía un clásico turista japonés. Amplia sonrisa de cortesía, cámara fotográfica con teleobjetivo, telémetro, fotómetro y demás «zarandajas», como llamaba Kenjiro a los útiles de fotografía, y un atuendo adecuado: pantalones blancos, gorrita para el sol, camisa rayada con todos los colores del arco iris, zapatillas blancas...

No tuvo problema alguno en la inspección aduanal. Parecía que las cosas no estaban precisamente calmadas en Tailandia aquellos días, debido a los últimos acontecimientos de la rebelión de los estudiantes y la muerte y quema de algunos de éstos, pero el asunto, evidentemente, no iba con los turistas japoneses; con los japoneses menos que con nadie, y aquí se ponía una vez más de relieve la astucia y preclara inteligencia del Maestro, que sabía muy bien que los tailandeses admiran a los japoneses más que a cualquier otra raza del mundo. El Maestro podía haber enviado a Bangkok a un budoka de cualquier nacionalidad: alemán, chino, ruso, americano, español, argelino, brasileño, mexicano... Pero no. Los tres que había enviado eran japoneses. Dos habían muerto... ¿Qué haría *Sensei* si también moría el tercero?

Y a golpes.

Mientras salía al encuentro de Yun Tao, Kenjiro Sato fruncía el ceño. ¿A golpes? ¿A él iban a matarlo a golpes? ¿Quiénes? ¿Unos cuantos karatekas? Que seguramente ni siquiera debían ser karatekas, ya que si pertenecían a una organización criminal lo más probable es que fueran gente despreciable que habían conseguido aprender algunos trucos más o menos bajos, pero que se dedicaban a hacerse pasar por auténticos karatekas. ¡Puercos! Si les ponía sus manos

encima se iban a enterar de lo que puede hacer un 5.° *Dan* de judo de treinta años con unos cuantos cerdos miserables.

¿Y Mai Korang? ¡Qué hermosa era! Durante el vuelo, Kenjiro había estado pensando en ella sin parar; más que en cualquier otro aspecto de su viaje, había estado pensando en Mai Korang, la bellísima muchachita tailandesa de diecisiete años, cuyas fotografías llevaba en el fondo de su maleta. La verdad era que ni siquiera necesitaba las fotografías, pues Kenjiro sabía que jamás mientras viviera olvidaría aquel delicado rostro de ojos rebosantes de luz, de dulzura, de vida...

Yun Tao no estaba esperándole.

Kenjiro miró el gran reloj del aeropuerto, frunció el ceño, y decidió esperarlo un rato. Para pasar el tiempo, y no queriendo obsesionarse con el recuerdo de la imagen de Mai Korang, adquirió un plano-guía de la ciudad de Bangkok, y se dedicó a estudiarlo, al mismo tiempo que se convencía de que podía localizar fácilmente tanto la chabola de Yun

Tao en la orilla del Chao Phraya, como el *dejo* del nieto del Maestro, en una avenida céntrica de Bangkok. Sí, no tendría problema alguno.

El problema era la ausencia de Yun Tao en el aeropuerto. A las siete de la tarde aún no había aparecido, y Kenjiro se dijo que el tal Yun Tao podía irse a la mismísima mierda, y que si lo agarraba le iba a partir la cara, por imbécil. ¿Qué se creía aquel maldito chino? ¿Que podía tenerlo esperando toda la vida? ¡Que le diesen por... muerto!

Bullendo de ira, Kenjiro Sato decidió abandonar el aeropuerto, así que tomó uno de los autobuses que hacían el recorrido entre aquél y la capital, y partió hacia ésta, todavía maldiciendo mentalmente, pero con notable furia, al chino Yun Tao.

El cual, por cierto, tampoco estaba en el hotel, como por el camino llegó a pensar Kenjiro. No. Tampoco allí estaba Yun Tao. ¿O quizá sí había estado cerca de él, pero no lo había reconocido? Poco probable, pues el Maestro se lo había descrito bien. En cuanto a él mismo, también Yun Tao debía haber sido informado por el nieto del Maestro, telefónicamente, respecto al aspecto físico del budoka que iba a llegar para cargarse a toda aquella gente...

—Convertiré en mierda a esos bastardos —se reafirmó Kenjiro en sus deseos e intenciones.

El hotel Montien era de primera clase, y estaba sito en una avenida céntrica. Aire acondicionado, teléfono, radio en las habitaciones, refrigerador particular, moqueta, cuarto de baño precioso... Desde el balconcillo que daba a la parte de atrás, se veía la piscina, rodeada de un discreto jardín; las aguas parecían de color azul.

Hacia las ocho y media, Kenjiro había recorrido prácticamente

todo el hotel, y cenado en uno de sus restaurantes. Había de todo allí dentro: bar, *boutiques,* peluquería, sala de baño y masajes… Y club nocturno, todavía cerrado cuando Kenjiro terminó de cenar.

De modo que regresó a su habitación, y tras vacilar, descolgó el auricular, pidió línea, y marcó el número que retenía en su memoria. Al otro lado, el timbre sonó, y a los pocos segundos el auricular fue descolgado. Una voz preguntó algo, pero Kenjiro no entendió; no hablaba tailandés, pero sí inglés y francés, idiomas más que suficientes para desenvolverse bien en el ambiente caro de Bangkok. La voz seguía preguntando, hasta que él mascculló, en japonés:

—Quiero hablar con Osamu Inomura.

—Soy yo mismo.

—Yo soy Sato. ¿Me conoces?

—Sí. Bien venido a Bangkok.

—Gracias. No he visto todavía a Yun Tao.

Durante unos segundos, Osamu Inomura permaneció en silencio. Por fin, musitó:

— ¿Dónde estás ahora, Kenjiro?

—En el hotel.

—Permanece ahí hasta que yo mismo vuelva a llamarte.

La comunicación fue cortada. Kenjiro miró iracundo el auricular. ¿Eso era todo? ¿Qué se había creído aquel fantoche, para hablarle a él así, como si fuese su esclavo? ¡Por muy nieto que fuese del Maestro, a él no le hablaba así nadie!

— ¡Ojalá se te caigan todos los dientes! —gruñó Kenjiro, colgando su auricular con un golpetazo tremendo.

Luego, se quedó inmóvil, pensativo, un par de minutos. Su reacción final fue perfectamente lógica… en Kenjiro Sato:

— ¡Me voy a verla!

Bajó al vestíbulo, y desde allí fue directo al club, sin fijarse en nadie. ¿Por qué demonios los demás no podían hacer las cosas bien? ¡Si un hombre decía que estaría en tal sitio tal día y hora, tenía que estar allí, por encima de todo! Así de simple. Alrededor de él, gentes de todas las razas caminaban apaciblemente, risueños. El ambiente era grato. Habían norteamericanos, a los que Kenjiro identificaba a mil kilómetros. Y blancos de otras nacionalidades. Hindúes, malayos, chinos, holandeses… Una hermosísima hindú, ataviada con un bonito *sari* azul se quedó mirando a Kenjiro con sus grandes ojos muy abiertos, pero fue sólo un instante. Segundos más tarde, sucedía lo mismo con dos mujeres norteamericanas, que estaban esperando en la entrada del club nocturno. Eran rubias… Asquerosamente rubias, como la paja vieja, sí señor, así eran.

Sato se detuvo junto a la entrada al club, para mirar de nuevo el cartel que anunciaba la actuación de Mai Korang. Se la veía de cuerpo

entero, en un movimiento de danza, delicada, casi etérea; con aquel casco de oro, la flor, sus largas uñas artificiales también de oro, sus grandes ojos dulces y risueños, parecía... un sueno, una muñeca.

Las dos norteamericanas, que seguían mirando a Kenjiro, eran en verdad jóvenes y bonitas. Estaban pasmadas mirando al judoka, que ni remotamente se daba cuenta de que, para una mujer, fuese de la raza que fuere, él exhalaba una especie cíe aroma de fuerza, de potencia, con su cuello que parecía de bronce, sus manos nervudas y fortísimas, sus hombros anchísimos, poderosos... ¿Qué demonios miraban aquellas dos idiotas?

Entró en el club, y fue a sentarse a una mesa apartada. En un pequeño escenario, una orquesta estaba tocando música americana. ¡Los americanos...!

Un camarero se le acercó.

—Tónica. A *tonic, please.*

En la pista central, habían parejas bailando. Pasmoso. Un hombre y una mujer se agarraban, y se dedicaban a dar vueltas, y más vueltas. Todo el mundo fumaba. Y bebía alcohol. Estaban locos, locos de remate. Ni siquiera hacía veinticuatro horas que no se entrenaba, y Kenjiro Sato comenzaba a sentirse incómodo, de mala uva... En una mesa cercana, una mujer blanca, presumiblemente holandesa, miraba como fascinada a Sato; la dama debía tener algo más de cuarenta y cinco años, y cuando Kenjiro comprendió el significado de su mirada, desvió la suya, asqueado. ¡Porquería de gente...!

Le sirvieron la tónica, y se dedicó a bebería, despacio. En realidad la había pedido por pedir algo razonable en un bar. Por su gusto, habría pedido agua. ¡Simple, pura y fresca agua, que es lo que tiene que beber una persona!

Se estaba muy mal allí. ¿Cómo podía divertirse la gente? Pero se divertían, vaya que sí. A menos que fuesen unos cretinos hipócritas. Se oían risas, y veía sonrisas por todas partes. En la pista, que quedó despejada, actuaron una pareja de cantantes. Luego, más baile. Poco después, un mago acompañado de una ayudante prácticamente desnuda. La gente aplaudió mucho, mientras Kenjiro contemplaba la tónica, todavía casi intacta en el vaso. Más baile. Después, actuó un traga-fuegos hindú, al que Sato prestó una aceptable atención. Por supuesto, aquello tenía truco. Sería interesante conocerlo... Más baile.

Finalmente, ¡por fin!, apareció Mai Korang. Hubo un instante de silencio. Luego, aplaudieron a la muchacha, antes de que ésta comenzase su actuación. Sonó la música, y Kenjiro no la oyó. Su mirada estaba fija en Mai Korang, que se movía con una gracia indescriptible. Jamás, jamás, jamás en la vida había visto él nada igual, ni siquiera aquella vez que asistió a una estúpida fiesta en que la que actuaron unas cuantas *geishas* estereotipadas: producto nacional

para turistas. ¡Bah!

Sin darse cuenta, Kenjiro Sato se puso en pie, y se acercó más a la pista, para contemplar más de cerca a la muchacha. Era tan bella y delicada que Sato sentía una especie de inquietud, de desasosiego. Ella bailaba, alzaba los brazos, los doblaba de un modo sorprendente, movía los dedos como si sus articulaciones fuesen distintas a las del ser humano corriente... Sus manos parecían auténticas mariposas.

Fascinado, Kenjiro no podía apartar su mirada de Mai Korang.

Y de pronto, ella lo miró. Kenjiro pensó que ella había percibido su mirada fija, intensa. Fuese como fuere, ella le miró. Hasta entonces, su rostro había parecido el de una simple muñeca preciosa, sonriente y dulce. Pero cuando vio a Sato, hubo una luz nueva, aunque brevísima, en los ojos de Mai Korang. Kenjiro Sato tuvo la sensación terrible, fantástica y maravillosa de que algo especial acababa de suceder en el mundo. Pero esa luz duró quizá menos que un relámpago, *¿O* no había existido siquiera, había sido solamente una alucinación?

La actuación de Mai Korang terminó, entre nutridos aplausos. Kenjiro estaba seguro de que la muchacha volvería a mirarlo a él antes de retirarse, y, en efecto, así fue. Una mirada relampagueante, brevísima, que sólo podía haber captado precisamente por estar esperándola. Luego, ella se fue, y Kenjiro Sato tuvo la impresión de que todas las luces del mundo se habían apagado.

Permaneció allí, de pie, esperando no sabía qué. De pronto, dio la vuelta, regresó a su mesa, dejó allí unos billetes, y abandonó el club nocturno del hotel Montien.

Sabía muy bien lo que tenía que hacer en primer lugar. El no necesitaba que nadie le diese indicaciones.

CAPÍTULO IV

El taxi fluvial se detuvo donde le indicó Kenjiro, frente a aquella chabela sostenida por columnas en uno de los *klong,* o canales de la ciudad de Bangkok, llamada también «la ciudad de los ángeles» o «la Venecia asiática». Dividida por el Chao Phraya, el río ancho y calmado que la cruza, toda Bangkok está llena de *klong* que más pronto o más tarde llegan a desembocar en la gran corriente central, en el Menam Chao Phraya, o Gran Río. Por esta mansa corriente navegan embarcaciones de todas clases, desde pequeños pesqueros a restaurantes flotantes donde sirven manjares exquisitos, acompañados de música, de miles de farolillos de colores que convierten el centro de la ciudad en una luminaria encantadora.

Dar todas partes llegaba música, y alguna risa, como llevada en el aire perfumado de la noche. De todas partes, llegaban las luces de los templos, los *Wat,* de los cuales hay más de trescientos sólo en Bangkok. Hermosos templos que parecen de oro, y en cuyo interior sólo se puede encontrar paz y silencio. Las aguas del río parecían de colores deslumbrantes...

Pero eso, era, en el centro de la corriente. Allí, en aquel *klong,* todo resultaba más oscuro e inquietante. Como si fuese un mundo aparte del alegre y luminoso del Gran Río, Las chabolas se apiñaban a ambas orillas del canal, algunas de ellas con luces.

La de Yun Tao no tenía luz alguna. Estaba oscura y silenciosa. Hasta el punto de que Kenjiro estuvo tentado de regresar al hotel, y, tal como le había indicado Osamu Inomura, esperar su llamada telefónica. Pero haría tal cosa, ciertamente.

— Espere aquí —ordenó al tailandés que conducía el taxi, en francés.

El tai le entendió, y asintió con un gesto. Kenjiro se agarró a los lados de la escalera de húmeda madera, y subió con cuidado, pues en el acto supo que podía resbalar muy fácilmente. Arriba, había una pequeña plataforma, como un porche. A cada lado, una ventana, sin postigo, abierta al exterior sin cuidado alguno. En el centro, la puerta; es decir, el marco de la puerta, ya que en lugar de ésta había una pringosa cortina.

— ¿Yun Tao? —llamó Kenjiro.

No obtuvo respuesta.

De nuevo vaciló, pero su terquedad era superior a todo. Se

acercó a la cortina, la apartó, y entró en la oscura chabola, que, como la mayoría, debía constar de una sola pieza, destinada solamente a dormir, ya que el resto de las actividades, los habitantes de los *klong* suelen realizarlas en éstos, en el exterior.

— ¿Yun Tao?

Silencio.

Y, de pronto, un hedor intenso, que casi hizo retroceder un paso a Kenjiro. Tan intenso, tan horrendo, que el judoka alzó sus manos, para taparse la nariz, mientras aparecían lágrimas en sus ojos. Eran sencillamente horrible, insoportable. Y pese a que jamás antes había percibido aquel olor, Kenjiro supo lo que era: olor a muerto.

La frugal cena que había tomado, despreciando los manjares tailandeses, subió de golpe hasta la garganta de Sato, pero no llegó a salir. Bajó, subió, bajó de nuevo... Las náuseas eran horribles...

Y al mismo tiempo, Kenjiro oía el rumor de un movimiento a su espalda y a la derecha, es decir, junto a la entrada de la chabola. Se volvió velozmente, y, recortada en el rectángulo de relativa luz que entraba por una de las ventanas, vio aquella sombra que caía sobre él.

La reacción del judoka fue instantánea, fulminante, fuera de toda descripción. Fue instinto, comprensión, auténtico sentido de la anticipación, indiscutible *sen o sen: se* inclinó, su hombro izquierdo entró en contacto con la parte baja de aquel cuerpo, su brazo izquierdo pasó entre las dos piernas y subió, al mismo tiempo que su mano derecha asía la ropa por la parte del pecho del agresor, y, simultáneamente, volvía a erguirse, con toda la potencia de su espalda, de sus poderosos riñones... Se oyó una exclamación ahogada de sobresalto, de pavor..., mientras aquel cuerpo humano salía despedido en tremendo *kata guruma,* e iba a estrellarse contra la pared del fondo, con gran crujido.

Toda la cabaña tembló, crujió. Abajo, se oyó la exclamación del taxista tai..., mientras otra sombra se abalanzaba contra Kenjiro Sato, que se desplazó en *taisa-baki,* girando suavemente para evitar el encontronazo, no del todo: llegó a permitir que el agresor rozase apenas su cadera, le pasó la mano derecha por la cintura, le asió la ropa con la izquierda, y tiró, girando expertamente la cadera solamente...

— ¡OOoéeehhhhh...! —se oyó el grito de espanto del hombre que salió disparado de cara contra otra pared, bajo el impulso del *uki goshi.*

Como el otro, rebotó contra la madera, que volvió a crujir, y de nuevo la chabola vibró, mientras abajo se oía el motor del taxi fluvial, alejándose. Cada cual que se las arreglase con sus líos,

Kenjiro estaba todavía girando tras soltar a su segundo agresor, cuando recibió el golpe por detrás en la espalda, justo a la altura de

los riñones. Fue un golpe tremendo, pero el judoka apenas fue desplazado un paso hacia delante. Se volvió en el acto, y mientras oía la exclamación de terror del tercer hombre, sus manos fueron como garfios hacia la oscuridad, asieron la ropa, tiraron de ella mientras su cuerpo comenzaba a girar, como un tornillo, su cabeza bajaba girando en la dirección que ordenaba al cuerpo, su pierna derecha subía y segaba...

— ¡YAAAaaaAAAAA...! —gritó el hombre, mientras salía volando bajo la potencia incontenible del *yama arashi.*

Esta vez no sólo crujió la pared, sino el cuerpo del hombre, que cuando cayó ya no se movió; solamente se oían sus gemidos tremolantes.

En la oscuridad brilló un cuchillo, desplazándose hacia el judoka; éste retrocedió, tropezó no supo con qué, y cayó de espaldas. Oyó algunas voces agrias, palabras que no entendió, pero sí comprendió que querían malario... Apenas había tocado su espalda el suelo, el hombre que empuñaba el cuchillo cayó sobre él. Es decir, saltó para caer sobre él y acuchillarlo, pero los pies de Sato lo recibieron hundiéndose en el vientre, la mano derecha del judoka saltó hacia los cabellos del hombre, y dio un tirón fortísimo, mientras las piernas, que había flexionado, se distendían, impulsando al adversario por encima, siguiendo la tracción de la mano; otro grito de espanto, otro choque, otro cuerpo proyectado contra la pared, ahora por *tomoe nage.*

Dos hombres más saltaron sobre Kenjiro, empuñando cuchillos... Los dos cayeron de bruces en el suelo, uno de ellos cortándose en la mano y la muñeca, pues el cuchillo chocó contra el suelo, ya que Sato no estaba allí, sino que había rodado, alejándose...

— ¡Kenjiro! —llegó una voz—. ¡Aguanta, aquí estamos!

Kenjiro ya estaba en pie, con las manos tendidas delante de su rostro, como garras. Alrededor de él, en la semioscuridad de la chabola, se oyeron exclamaciones, voces... Inmediatamente, ruido de pies.

¡Fssss!, silbó un cuchillo, relampagueando. Kenjiro lanzó un aullido cuando notó el frío del acero en su carne; bajó las manos, asió el mango del arma que se había clavado en su costado izquierda, y dio un tirón... Ante él apareció otro hombre, con el cuchillo en alto. Kenjiro dejó caer el que le habían clavado un instante antes, paró con los brazos el nuevo golpe, giró, y proyectó al hombre con escalofriante *seoi nage,* con tan cómico acierto que el adversario salió por el hueco de la ventana, limpiamente, chillando, mientras toda la cabaña vibraba bajo el furioso «kiai» del judoka:

— ¡TOílíllllll...! —apoyó la proyección con su energía interior.

La cortina había sido descorrida, y las figuras de algunos

hombres cruzaron el umbral hacia el exterior, a toda prisa, golpeándose unos con otros, mientras abajo se oía el chapoteo del hombre proyectado por la ventana al caer al agua. A este chapoteo siguieron rápidamente otros, mientras los hombres que salían de la chabola iban desapareciendo.

Y Kenjiro no pudo hacer nada por evitar que escapasen, porque cuando quiso correr hacia la puerta, su cabeza dio un millón de vueltas, y un instante después, estaba caído de rodillas en el piso. Sus dedos se deslizaron unos sobre otros, como palpando la sangre, su propia sangre.

Abajo, en el agua, se oyó un grito de dolor, y más chapoteos, y voces. Kenjiro sacudió la cabeza, pareció que todo volvía a la normalidad, y se puso en pie. Oía confusamente los gritos, las exclamaciones, los chapoteos... La cortina se abrió de nuevo, y un chorro de luz fue directo al rostro de Sato.

— ¡Kenjiro! —sonó de nuevo la voz de Osamu Inomura.

— ¿Qué pretendes? —gruñó Kenjiro—. ¿Dejarme ciego?

Sólo por un par de segundos, Inomura sostuvo la luz apuntada hacia el judoka, contemplando sus manos manchadas de sangre, colocadas ante el rostro, para proteger los ojos de la luz. Luego, bajó el rayo lumínico hacia el suelo, y vio aquel cuerpo con el que había tropezado antes Kenjiro. Se acercó, y dirigió la luz hacia el rostro del cadáver, mientras lanzaba un bufido al recibir de lleno el terrible impacto del hedor a muerto.

—Es Yun Tao —jadeó; alzó la cabeza—. Te dije que esperases mi llamada en el hotel.

Kenjiro se arrodilló junto al cadáver, y se quedó mirando el rostro rígido, que parecía de madera vieja. Los ojos del chino estaban abiertos, pero no reflejaban luz alguna; parecían... de vidrio sucio, empañado.

—Comprendí que debía haber pasado algo cuando me dijiste que Yun Tao no había acudido a esperarte, y por eso quise venir con algunos hombres, pues me temía algo así. Seguramente, lleva muerto más de un día..., y sus asesinos estaban esperando a alguien a quien poder capturar vivo, alguien que les dijera lo que Yun Tao no quiso o no tuvo oportunidad de decirles.

— ¿A qué te refieres? —gruñó Kenjiro.

—Es evidente que Yun Tao ha debido cometer alguna imprudencia últimamente, y se

fijaron en él. Vinieron aquí a capturarlo, pero él debía saber lo que le esperaba si lo capturaban con vida, así que luchó hasta la muerte. Entonces, sus asesinos esperaron a algún amigo de Yun

Tao. Quieren saber qué hacía éste, qué sabía, qué saben sus amigos.

—Entiendo.

— ¿Cuántos hombres habían aquí?

—No lo sé. Seis o siete. Quitó tengas razón... Primero no querían matarme, pues me atacaron sólo con las manos, pero cuando comprendieron que se habían metido en algo superior a ellos, sacaron los cuchillos.

—No eres muy modesto, Kenjiro.

— ¿Modesto? ¡Habría acabado con todos ellos si tú no hubieses venido a meterte en lo que no te importa!

—Pues yo creo que te habrían acuchillado si nosotros no llegamos tan oportunamente.

— ¡Oportunamente! ¡Bufff!

Osamu Inomura emitió una risita, y desvió la luz de la linterna, deslizándola a todo alrededor, a baja altura. La detuvo sobre el cuerpo de un hombre, y los dos fueron rápidamente hacia allí. El hombre era de raza asiática, desde luego, aunque quizá no tailandés; estaba inmóvil, con los ojos abiertos, la boca crispada en un gesto angustioso... Osamu Inomura pasó una mano varias veces ante los abiertos ojos del hombre.

—Está muerto —dijo; y apenas moverlo, comprendió—. Tiene la espalda rota.

—Debe ser el del *yama arashi* —gruñó Kenjiro—. El se lo buscó.

—Será mejor que nos vayamos de aquí cuanto antes; el taxista que te ha traído quizá avise a la policía. ¿Te das cuenta de que si tú no hubieses intervenido, mi grupo y yo quizá habríamos capturado vivo a alguno, y ahora sabríamos...?

— ¡Déjame en paz! ¡Yo hago siempre lo que quiero! ¡Y no lo he hecho peor que vosotros!

En la tarima que hacía de porche, se oyó una voz. Osamu contestó en tailandés, y un hombre entró. Estuvo unos segundos dando una explicación a Osamu, que finalmente volvió a mirar a Kenjiro.

—O se han ahogado, o han escapado a nado: es imposible perseguirlos por estos canales debajo de las casas. Será mejor que también nosotros nos vayamos ahora mismo. Vamos a mi lancha. Iremos a mi *dojo* a ver tu herida.

— ¿Y Yun Tao?

—Ya no podemos hacer nada por él —musitó Osamu—: dejaremos que las autoridades se ocupen de su cadáver. Vámonos.

—Tu abuelo me dijo que no quería que los residentes en Bangkok intervinieseis directamente, así que márchate tú y déjame en paz.

— ¿Piensas regresar así al hotel?

—Me las arreglaré. No quiero que nos vean juntos, eso es todo.

—Está bien. Salgamos.

Se incorporaron ambos. Kenjiro comenzó a caminar hacia la puerta de la chabola... Por detrás de él, Osamu Inomura blandió su mano derecha un instante, antes de dejarla caer, dura como el hierro, en la nuca de Kenjiro Sato, en inapelable *tegatana ate.*

Esto, ni siquiera Kenjiro Sato podía resistirlo.

CAPÍTULO V

Mai Korang notó un vuelco en el corazón cuando, por fin, después de tres noches sin verlo, él apareció en la sala. Mejor dicho, ya estaba allí, sentado a una mesa, cuando ella apareció para su actuación.

Sí.

Ella notó aquel vuelco tremendo en el corazón, aquella súbita flojedad en las piernas, pero él parecía que ni siquiera la había visto todavía. Luego, sí, él alzó la mirada, y la fijó en ella. Mai Korang pensó que aquella noche no podría bailar. No oía los aplausos, ni veía nada. Solamente, como dos enormes puntos negros, los ojos del japonés, destacando en aquel rostro que parecía de piedra. Dos ojos que no expresaban absolutamente nada. Simplemente, la miraban.

Sin embargo, pese a todos sus temores, Mai Korang bailó aquella noche tan bien como las anteriores. Quizá mejor aún, porque sabía que él la estaba mirando fijamente todo el tiempo, y quería ofrecerle lo mejor de ella. Lo mejor de lo mejor en todo.

Cuando sonaron los aplausos, Mai Korang tuvo la sensación de que acababa de regresar de un sueño. Y cuando se retiró a su camerino, le pareció que sus pies no tocaban el suelo. Estaba en un mundo tan irreal que ni siquiera había prestado atención a Yam Prang, que, como todas las noches, estaba en el club, observándola, esperando que terminase su actuación.

Pero Yam Prang estaba allí, como siempre. Y, como siempre, se reunió con ella en el camerino. Podía ser casualidad o no, pero Yam siempre entraba en el camerino justo cuando ella estaba completamente desnuda, dispuesta a ponerse las ropas de calle. Casualidad o no, ella se había dado cuenta de esta... coincidencia, de modo que ya había aprendido a utilizar el biombo adornado con motivos chinos, por encima del cual Yam sólo podía ver sus hombros, y, claro está, su cabeza.

Yam Prang debía tener unos treinta y cinco años, era alto y delgado, flexible; muy fuerte. No había que engañarse respecto a Yam Prang, pues ella le había visto hacer una demostración a los niños, mientras reía. Sí, mientras reía, Yam Prang, sin darle importancia, había doblado sólo con sus manos una barra de hierro, una palanqueta que había utilizado con anterioridad para abrir la caja en la que había llevado regalos para los niños...

— ¿Te falta mucho, Mai? —preguntó Yam, mirándola.

—No. Sólo vestirme... Estoy en seguida, Yam.

Yam Prang asintió, se sentó en uno de los taburetes, y encendió un cigarrillo. Rubio americano. A Mai le gustaba el olor de los cigarrillos que fumaba Yam. ¿Quizá el japonés también fumaba tabaco americano...?

—Has bailado magníficamente esta noche —dijo de pronto Yam Prang—. Admirable.

—Creí que siempre bailaba admirablemente —sonrió Mai, bromeando.

—Es cierto, siempre. Por eso conseguí para ti este contrato en el club del Montien. Pero hoy parecía algo especial... ¿Te encuentras bien?

—Claro que me encuentro bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, ya sabes lo que ocurre en todos estos locales de Bangkok: en cuanto te descuidas, aparecen las drogas.

— ¡No digas tonterías! —exclamó Mai.

Yam Prang encogió los hombros. Entre ellos hablaban siempre en francés, aunque a él le costaba un poco de esfuerzo. En cambio, Mai Korang lo hablaba con toda soltura; lo había aprendido desde niña, en la escuela, y ésas eran cosas que siempre se notaban... Siempre, toda la vida.

La muchacha terminó de vestirse, y apareció en el centro del camerino, terminando de abrocharse su blanco vestido, de fino tejido, vaporoso. Mai Korang, empero, vestía siempre con gran discreción. Podría haber utilizado la misma ropa, pero de otro modo, destacando sus formas. De todos modos, Yam Prang conocía bien las formas de la muchacha, pues la había visto con otras ropas mas intimas... Aunque, ahora que pensaba, desde hacia un tiempo ella procuraba evitar que la viese con aquellas ropas. Sí, ahora que lo pensaba, parecía que Mai se hubiese dado cuenta de que a *él* se le encendía la sangre cuando la miraba,

— Podemos irnos cuando quieras, Yam —dijo Mai.

Yam Prang tenía el coche fuera. Era un viejo modelo americano que había comprado hacia algo más de un año a un chino que había tenido que salir pitando de Bangkok. Buen precio, buen coche. Y buena vida, la que llevaba desde un tiempo a esta parte Yam Prang. Hay pocas oportunidades buenas en la vida, así que cuando se presentan, hay que agarrarlas en el acto, con las dos manos, con toda la fuerza.

—Tengo que salir esta noche, después de dejarte en casa —dijo Yam Prang, abriendo la puerta—. Pero no creo entretenerme. Además...

Se calló. Allí, en el pasillo, había un japonés, que tenía en una

mano un pequeño ramito de flores, en cuyo centro destacaba un hibisco. El japonés era algo más bajo que Yam Prang, vestía un traje bien cortado de color crema claro, y su expresión parecía amable. Yam Prang no se fijó en sus manos, ni en sus hombros, ni en su cuello. Sólo le miró a la cara cuando le oyó hablar, en francés:

—Señorita Korang, soy un adm...

—Apártese —gruñó Yam Prang, poniendo una mano en un brazo del japonés, y empujando.

El japonés no se movió. Conservaba la sonrisa.

—Sólo intento expresar mi admiración por la señ...

— ¡Le digo que se aparte! —gruñó Yam Prang, empujando con más fuerza.

Fue igual que querer mover un acorazado hundido en la arena. Yam Prang miró sorprendido al japonés, y empujó de nuevo. El japonés ni siquiera le miraba. Sólo miraba a Mai Korang, que había palidecido.

—Señorita, mi nombre...

— ¡Le he dicho que se aparte! —rugió Yam Prang, empujando con más fuerza aún..., pero con el mismo resultado.

El japonés lo miró entonces. Y en el fondo de sus ojos, Yam Prang vio una chispa negra que le puso de punta el vello del cuello. Fue algo irracional, algo que aterró a Yam Prang. Y como reacción a este inexplicable terror, sólo se le ocurrió disparar su poderoso puño derecho contra aquella barbilla que parecía de barro cocido, gritando:

— ¡Quítese de en medio de una vez!

La cabeza del japonés osciló. Eso fue todo. Yam Prang comenzó a sentir que el terror penetraba en él hasta lo más profundo de su pecho cuando la negra mirada regresó de nuevo a él, con aquella chispa de fuego negro en el fondo de las pupilas.

—Por favor, señor —dijo Mai Korang, en francés—. Por favor, aléjese.

El japonés la miró, como olvidando a Yam Prang. Hizo una inclinación de cabeza, dio media vuelta, y se alejó... Yam Prang quedó como el condenado a quien, de pronto, le dicen que todo ha sido una broma, que no es verdad que lo vayan a ahorcar. Sentía un nudo en la garganta, un frío extraño en el estómago.

— ¿Quién es ése? —casi gritó, con voz aguda—. ¿De qué lo conoces?

Mai Korang cerró los ojos un instante, pero con ello sólo consiguió ver con más claridad, en su imaginación, la boca del japonés, con sangre brotando por una comisura, debido al golpe de Yam.

—No le conozco de nada —musitó—. Bueno, creo haberlo visto en el club, eso es todo.

— ¡No quiero que alientes a nadie a acercarse a ti! ¿Lo entiendes? ¡A nadie!

—Sí, Yam. Y sabes que te obedezco.

El japonés había desaparecido. Yam Prang se calmó, aspiró profundamente, y señaló pasillo adelante. Parecía que nadie había presenciado el pequeño incidente. Recorrieron el pasillo, poco después cruzaban el vestíbulo del hotel, y finalmente salían a la calle. Fueron al coche, estacionado a una veintena de metros, y Yam lo puso en marcha, emprendiendo el regreso a su casa.

Apenas quince minutos más tarde, llegaban a la avenida donde, un año atrás, Yam Prang había comprado aquella casa. El, Yam Prang, tenía una hermosa casa, en tierra firme, rodeada de jardín, con un pequeño garaje, en una avenida silenciosa, donde habían altísimas tecas. El, Yam Prang.

Entró en el jardín con el coche, y maniobró para dejarlo orientado hacia la salida, puesto que tenía que marcharse, a aquella reunión. De aquella reunión podía salir algo bueno para él. Es decir, algo mejor de lo que aún tenía... Se estaban formando los grupos de asesinos, y él Yam Prang, ostentaba ya la jefatura de uno. Quizá, después de la reunión, lo enviasen a Hong Kong, o quizá a Tokio... La posibilidad de que lo enviasen a Estados Unidos existía, pero Yam Prang ni quería pensar en ella, pues ya habría sido demasiado... Demasiada ambición en poco tiempo. Y las cosas hay que hacerlas despacio, con inteligencia, con calma.

—No hace falta que entres —dijo Mai Korang—. Puedo...

—No, no. Así veré a los niños.

Mai apretó ligeramente los labios. Sabía que él quería verla a ella, no a los niños. Los niños, seguramente, y *a* estarían durmiendo.

Y en electo; dormían los cinco.

Ocupaban todos juntos una gran habitación, que Yam Prang había hecho pintar con motivos alegres. Habían muchos juguetes, la mayoría de ellos americanos. Solamente habían encendido la luz del pasillo, pero era suficiente para ver las camas, y los cinco niños durmiendo, en ausencia de ambos, los contemplaba.

—Todo está bien —sonrió Mai Korang—. Puedes marcharte tranquilo, Yam.

Este se inclinó hacia la muchacha, y susurró:

— ¿Por qué todas las noches cierras con llave la puerta de tu habitación?

Ella no contestó. Yam Prang rió quedamente, y deslizó una mano por el rostro de Mai, que permaneció inmóvil, rígida. Luego, salió del dormitorio de los niños, sin mirar siquiera a la vieja Na Paeng. Cuando volviese, la vieja estaría durmiendo. Y Mai también, posiblemente... Con la puerta cerrada con llave, claro. Pero cualquier

noche, él rompería aquella puerta de un golpe.

Salió de la casa, se metió en el coche, y cuando se disponía a dar el contacto, una mano pasó por delante de su rostro, procedente de atrás. Yam Prang no tuvo tiempo a nada, pues el brazo se cerró en seguida en su garganta, en una presa dura, pétrea. Otra mano se unió a la primera, cerrando el dogal.

— ¿Qué...? —empezó a gritar Yam Prang,

La presa de judo se cerró más, se apretó más. *Hadaka jime,* estrangulación por detrás. Yam Prang alzó las manos, las clavó en aquel brazo, intentando arrancarlo, pero era inútil. Sus desorbitados ojos fueron hacia el espejo retrovisor, y entonces vio al japonés del traje color crema claro tras él.

— ¡AGGGggg...! A-a-aaggg...

Mientras simulaba que ya estaba prácticamente fuera de combate, Yam Prang metió la mano derecha en su sobaco izquierdo, y sacó la pistola... Fue peor para él. La presión en su garganta terminó, cierto, ya que el japonés retiró ambas manos. Pero, mientras con la izquierda sujetaba la derecha de Prang, impidiéndole moverse, con la derecha lo asió por la nuca, como si fuese una tenaza a la que no fuese posible resistirse, le hizo girar la cara, cotí terrible dolor en el cuello, y lo impulsó con toda facilidad contra el montante de las portezuelas. El rostro de Yam Prang se estrelló allí con terrible violencia, crujiendo la nariz. Abrió la boca para lanzar un grito, pero de nuevo su rostro fue aplastado contra el metal. Yam Prang volvía a estar aterrado, porque en aquellas manos se sentía indefenso, incapaz de conseguir nada... Por tercera vez su rostro ya ensangrentado fue incrustado contra el montante. A la cuarta vez, Yam Prang se relajó completamente, como muerto.

Kenjiro Sato todavía lo sostuvo unos segundos, contemplando aquel rostro machacado, ensangrentado. Luego, tiró a Prang al otro asiento, de cualquier manera, salió del coche, se colocó ante el volante, y dio el encendido. Salió del jardín.

Seis o siete minutos más tarde, reaparecía allí, a pie. Cruzó el jardín, y fue a llamar a la puerta.

— ¿Quién es? —adivinó que preguntaban al otro lado.

—Soy un amigo del dueño de la casa —dijo en francés—, El acaba de tener un accidente.

Dentro no se oyó nada. Kenjiro permaneció inmóvil. Al poco, llegó a oír las voces excitadas, y la puerta de la casa se abrió.

— ¿Qué le ha ocurrido...? —había empezado a decir Mai Korang.

Se calló bruscamente. A su lado, la vieja Na Paeng contemplaba inquieta, asustada, al joven japonés. Pero éste sólo tenía ojos para Mai, que parecía llevar solamente una ligera bata de color azul pálido.

Y a su vez, ella le contemplaba a él fijamente. De pronto, Kenjiro Sato pareció recordar algo, metió la mano derecha en el bolsillo, y sacó el ramito de flores, un tanto deteriorado.

—Con mi admiración, señorita Korang.

Mai ni siquiera se dio cuenta, pero sonrió luminosamente, mientras tomaba las flores.

—Gradas. Siento lo ocurrido en el club.

—No tuvo importancia ninguna.

—Ha asustado usted a Na Paeng; le ha parecido entender que el dueño de la casa había tenido un accidente. Supongo que ha sido un ardid para que le abriese la puerta.

—Las viejas nunca oyen bien —sonrió Kenjiro—. ¿Me permite pasar?

—¡Oh, no! ¡Por favor, claro que no! Pero le agradezco su...

Kenjiro Sato empujó suavemente a la muchacha, y entró en la casa, cerrando tras él. La vieja Na Paeng dijo algo en tailandés, y Mai Korang le contestó en el mismo idioma, rápidamente. El judoka las miró a ambas, frunció el ceño como divertido, y movió la cabeza.

—Les ruego que hablen en francés. O en inglés o japonés. Sólo en estos tres idiomas. ¿Quién más hay en la casa?

—Hay más criados, que...

—No —amplió su sonrisa Kenjiro—. Sé que no hay nadie más. De modo que usted y yo vamos a poder hablar tranquilamente. Dígale a esta mujer que se retire, que no moleste. Que desaparezca.

La vieja Na Paeng comenzó a hablar de nuevo en tailandés, rápidamente. Mai Korang comenzó a negar con la cabeza, y Kenjiro a fruncir el ceño, mientras alzaba un dedo con gesto de advertencia en dirección a la anciana..., que, de pronto, se abalanzó contra él, aullando..., y blandiendo un cuchillo que lanzó miles de destellos.

En verdad sorprendido y sobresaltado, Kenjiro retrocedió vivamente, de modo que la anciana, perdido su pobre impulso, cayó de rodillas ante él, perdiendo el cuchillo que había aparecido como por arte de magia en su mano. Kenjiro se adelantó hacia ella, adelantó una mano hada su hombro..., y Mai Korang cayó sobre él, gritando, agarrándose a su ropa, golpeándole... Por el momento, Kenjiro no le hizo caso. Ante todo, oprimió los nervios de Na Paeng en el hombro, cerca del cuello, y la andana se desvaneció en el acto, cayendo de espaldas. Entonces se dedicó Kenjiro a Mai, que estaba en su espalda, subido a él, golpeándole, arañándole, gritando...

Kenjiro Sato no era hombre de contemplaciones. Pasó el brazo derecho hacia atrás por encima de su cabeza, la mano pasó a la nuca de Mai Korang, y entonces se inclinó con fuerza, mientras daba un tirón de la mano hada delante... Mai Korang pasó volando por encima de él, gritando, a impulsos del *seoi nage,* y rodó por el suelo tras el

duro choque. Cuando, todavía aturdida, se disponía a sentarse, vio fugazmente una mano de Kenjiro; al instante, se sintió asida por la ropa del pecho, y puesta en pie de un tirón..., mientras la ropa se desgarraba completamente, y quedaba en la mano del japonés, que quedó estupefacto. Mai Korang cruzó primero sus brazos ante el pecho; luego, echó a correr hada la escalinata que ascendía al piso de los dormitorios.

Ni siquiera recorrió un par de metros. Kenjiro, que había tirado la ropa a un lado, dio un par de zancadas, y la agarró por la larga, lustrosa, negrísima cabellera, deteniéndola tan en seco que Mai cayó sentada ante él. Esta vez la puso en pie tirando de los cabellos, sin inmutarse por los gritos de la .muchacha, y la colocó frente a él, siempre sujetándole los cabellos con mano de hierro.

— ¡Ya basta de tonterías! —alzó la voz Kenjiro más que Mai Korang—. ¡Puedo romperte el cuello ahora mismo, y aniquilar a todos los habitantes de esta casa en un minuto! ¿Lo entiendes? ¡No sois vosotros los únicos que sabéis matar!

Mai Korang quedó con la boca abierta, contemplando aterrada la expresión del japonés. Consiguió reaccionar, para tartamudear:

—¿Ma... mat... matar...? ¿Qué..., qué dice...?

— ¡Digo que ya basta de tonterías, y que no quiero hacer daño a dos mujeres, ni a un pobre tonto que acompaña a una de ellas! ¡Pero sí quiero saber quién ha matado a Yun Tao!

—Pe-pero no..., no sé... de qué... está hablando...

—Escucha, dulce flor: mis compañeros decían que tengo mala leche, y yo decía que no era cierto. Pero estaba equivocado: sí la tengo, me estoy dando cuenta ahora. De modo que no me provoques. Sólo dime adonde tengo que dirigirme, a quién tengo que dirigirme para pedirle cuentas por las muertes del aikidoka, el karateka, y el chino Yun Tao.

— ¡No sé de qué me está hablando! —gimió Mai.

— ¡Lo sabes muy bien, porque tú formas parte del grupo, y por eso te fotografiaron! No tengo otra pista, pero te aseguro que la que tengo va a serme de la máxima utilidad. ¿O prefieres que te rompa todos los huesos?

— ¡No sé lo que dice, no le entiendo!

Mai rompió a llorar; pero, en alguna parte, se oía ya un llanto más fuerte que el suyo. Y no un llanto solamente, no... Varias personas lloraban a la vez, en alguna parte. Kenjiro Sato pareció recibir una tremenda bofetada. Se apartó de Mai, y miró a todas partes, desconcertado y como asustado. Cuando miró arriba, palideció, al ver en lo alto de la escalinata a aquel «montón» de niños semidesnudos, abrazándose y llorando, llamando a gritos a Mai y a Na. Frente a él, ya libre de la presión de su mano, Mai Korang también lloraba.

Kenjiro Sato tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para tragar aquel enorme nudo que notaba en la garganta.

Cuando lo consiguió, cerró los ojos. Y en aquel mismo instante, por primera vez en su vida, Kenjiro Sato, 5.° *Dan* de judo, deseó morir.

CAPÍTULO VI

No supo el rato que estuvo así, inmóvil, con aquella angustiosa sensación de maldad oprimiendo su corazón. Cuando abrió los ojos, Mai Korang ya no estaba allí. Alzó de nuevo la mirada, y la vio en lo alto de la escalinata, acariciando a los niños, que se iban tranquilizando.

Por un instante, como en un filme relámpago, Kenjiro vio en su mente a *Sensei,* en su jardín, con algunos pajarillos en la mano. Suspiró profundamente, se inclinó, recogió los restos de la bata de Mai Korang, y comenzó a subir la escalera. En lo alto, los niños comenzaron a gritar de nuevo, así que el budoka se detuvo, indeciso.

— Por favor —suplicó Mai Korang—. ¡Por favor, no suba, espéreme abajo!

Kenjiro asintió. Tiró hacia arriba la ropa de la muchacha, y regresó abajo. Se quedó allí, como clavado al suelo, sin saber qué hacer. De pronto, se volvió, y miró a la vieja Na Paeng. Fue hacia ella, la sentó en el suelo, y le aplicó suave pero firmemente *kuatsu* en la nuca. La técnica de la reanimación surtió efecto muy pronto. La vieja abrió los ojos, pero lo vio a él, y los volvió a cerrar, estremeciéndose. Kenjiro volvió a tragar saliva.

—Vaya arriba —musitó—. Arriba, con los niños. Los niños, ¿comprende?

La ayudó a ponerse en pie. Na Paeng se apartó vivamente de él, y echó a correr escaleras arriba. El judoka se pasó las manos por la cara, que notó rígida y fría. Había algo que estaba martilleando en su cerebro, pero no podía cazar la idea, no podía concentrarse. Ah, sí...

Sí.

Sí...

—¡Qué lejano estaba todo! En realidad, ya lo había olvidado. ¿O no lo había olvidado?

No, no lo había olvidado..,

—¿Tú eres Kenjiro?

—Sí —respondió el niño de ocho años—, yo soy Kenjiro. Kenjiro Sato.

—Pues escucha esto, Kenjiro: no vuelvas más por aquí a buscar comida. La comida que dan en esta casa es pura nosotros, los que vivimos aquí. Tú no vives aquí. Sabemos que te llamas Kenjiro, y que merodeas por el distrito de Chuo. Vuelve allá, no queremos verte más por aquí.

—Tengo amigos aquí, que me quieren —dijo el niño Kenjiro—, Ellos me dijeron que viniese cuando tuviese hambre.

—Pues nosotros te decimos que no, y somos más que tú y tus amigos. Vete, y no vuelvas, Sato Kenjiro.

El niño Sato Kenjiro veía a los otros muchachos ante él. Sí, eran muchos. ¿Cuántos había allí? ¿Doce, quince, quizá veinte? No había ninguno que fuese más pequeño que él, y el mayor debía tener no menos de doce, o trece años. Kenjiro comprendía muy bien la situación, pero tenía hambre. No tenía padre ni madre, pero sí tenía hambre. Mucha hambre. Sólo por eso había andado hasta tan lejos de Chuo, sin importarle la noche, ni el frío, ni el temor a tanta gente, y coches, y ruidos.

—No me voy —dijo Kenjiro—, No, no me voy.

Al primero de aquellos muchachos lo tiró encima de un montón de basuras con, o goshi, *el primer movimiento de cadera que había aprendido. Con* o goshi *se abre la puerta hacia el conocimiento de las proyecciones de cadera, y Kenjiro ya tenía esa llave, a los ocho años.*

Al segundo muchacho lo derribó duramente ante sus pies con tai otoshi, *el terrible movimiento de brazo, tirando de él con tanta fuerza que oyó el crujir de su cabeza contra el suelo. Al tercero, que lo tenía en la espalda ya, se lo pudo quitar de encima con* ippon seoi nage, *tirándolo sobre otros que le atacaban de frente. Pero habían más, muchos más, por todos lados. Sato Kenjiro perdió la noción del tiempo, de la oscuridad y la luz, del dolor y del hambre, del judo y de la vida cuando los demás muchachos cayeron sobre él. Comenzó a dar golpes, mordiscos, puntapiés, efectuó proyecciones... Pero lo lógico es lo lógico.*

Cuando despertó, estaba en un hospital, no sabía en cuál. Recordaba la cara de aquella enfermera como lo único amable de su niñez. Era una cara redonda, como una luna. Les ojos eran pequeños, pero bonitos, brillantes. Ella le sonreía, y Kenjiro, en ocasiones, aún creía notar su fresca mano en la frente, y oír su voz.

—¿Cómo te llamas?

Tardó dos días en poder decirlo. Para entonces, ya sabía que tenía la cara hinchada, la nariz rota, el brazo izquierdo roto, la pierna derecha rota... Del hambre ya no se acordaba..

Abrió los ojos, de pronto, y todo pareció llenas je de luz. De la luz que brotaba de los hermosos ojos de Mai Korang.

—¿Qué...? —musitó.

—Digo..., digo que los niños se han tranquilizado. Na Paeng se ha quedado con ellos.

—Sí... Sí, está bien.

—Por favor, no nos haga daño... No sé lo que quiere, pero sea lo que fuere, llévenselo. Nosotros no hemos... matado a nadie, usted..., usted ha dicho cosas horribles...

—Sato Kenjiro —susurró él—. Ese es mi nombre. Kenjiro Sato.

—¿Se encuentra bien? Está..., está muy pálido, señor Sato.

—Estoy bien. ¿Esta es usted o no es usted?

Kenjiro sacó las fotografías, y colocó una de ellas ante los ojos de Mai Korang, que parpadeó un instante, sorprendida.

—Sí... Claro que soy yo, durante una de. mis actuaciones. Y aquí está...

—Esta fotografía la tomó un compañero *mío,* que estaba detrás de un hombre llamado Tin Maeng, el cual desapareció. Creemos que mi compañero, entonces, consiguió otra pista. Y esta pista, la única que tenemos, es usted. ¿Conocía a Tin Maeng?

—No.

—¿Y a Yun Tao?

—No. ¿Por qué no me tutea ya, señor Sato?

Kenjiro se pasó una mano por la cara.

—Veamos... ¿Quién más vive aquí, aparte de usted, la anciana y los niños? ¿Algún hombre?

—Claro. Yam Prang, mi cuñado. Es el hombre que me trajo aquí, el que..., el que le golpeó a usted. El que aparece en la fotografía.

—¿En la...?

Kenjiro lanzó una exclamación, arrebató la fotografía a Mai, y la miró. Ella puso la punta de un dedito sobre una de las caras que aparecían al fondo de la fotografía tomada en la pista central del club nocturno del hotel Montien.

—Aquí está... Este es Yam Prang, ya lo conoce usted.

A toda prisa, Kenjiro sacó las restantes fotografías, y las fue mirando. Ahora que conocía en persona a aquel hombre, lo fue identificando en todas las fotografías. Aparecía, como otros clientes, sentado a una mesa, contemplando la actuación de Mai Korang. Kenjiro Sato tuvo que comprender: la pista que había dejado K era la del hombre llamado Yam Prang, y ellos no habían sabido interpretarla.

—¿Lo ve? —señalaba de nuevo Mai, en otra fotografía.

Sí.

Lo estaba viendo perfectamente..., ahora. K no había podido dar explicaciones sobre aquellas fotografías, y de ahí venía todo el equívoco. Simulando fotografiar a Mai Korang, había estado tomando fotos de Yam Prang, esperando que sus amigos sabrían comprender. Pero nadie había podido comprender, nadie. Ni siquiera el Maestro. Ni su nieto Osamu, con el que había pasado aquellos días, después que lo llevó a la fuerza para curarlo, y se aseguró de que no se marchaba hasta encontrarse relativamente bien de la cuchillada recibida en la chabola de Yun Tao.

—¿Por qué me tomó fotografías su compañero? —preguntaba Mai Korang—. ¿Acaso me conocía, o quería enviarle alguna a usted?

Sato movió la cabeza negativamente. En realidad, K no había querido fotografiar a Mai Korang, sino a Yam Prang. ¿Por qué? Evidentemente, porque éste se había relacionado con Tin Maeng, no podía ser por otro motivo. Sí, Tin Maeng se había retirado de la circulación, pero ya K lo había visto con Yam Prang, así que decidió vigilar a éste, y como sabía que Yam Prang era desconocido para la *Kuro Arashi,* decidió fotografiarlo. Pero... Yam Prang, o alguien que estaba con él, se dio cuenta. Cuando K salió del club nocturno fueron tras él. K se dio cuenta, comprendió que iban a cazarlo. Entonces, sacó la carga de la cámara fotográfica, y en la huida, consiguió entregarla a aquel muchacho para que se la llevase a Yun Tao, bajo la promesa de cien bath. Luego, mientras las fotografías iban hacia Yun Tao, a K lo atraparon, y...

Yam Prang. ¡Y lo había tenido en sus manos!

—¿De qué vive su cuñado? —preguntó de pronto.

—No lo sé. Tiene negocios... Antes no tenía mucho dinero, pero a poco de morir mi hermana, comenzó a tener más suerte. Compró esta casa, se trajo aquí a los niños, y me pidió que viniese a vivir con él, para cuidarlos, junto con Na Paeng. Me buscó el empleo en el club, pero siempre me acompaña, me lleva y me trae con el coche.

—Entonces... esos niños... ¿son sobrinos suyos?

—Sí, claro.

—¿Adónde iba..., adonde ha ido Yam Prang?

—No sé. Tenía una reunión... No sé exactamente.

Kenjiro Sato se habría dado de bofetadas. ¡Había tenido en sus manos al hombre cuya pista les había dejado K a falta de Tin Paeng, y él, en lugar de obligarle a hablar, o mejor aún, de seguirlo de cerca con el taxi que le estaba aguardando cerca de la casa, se había limitado a romperle la cara y a dejarlo dentro de su coche a cierta distancia de

Pero... quizá todavía estaba a tiempo de volver junto a Yam Prang. Sí, eso iba a hacer: volvería junto a él, y le obligaría a decirle lo necesario para llegar a la jefatura de aquella organización criminal, y demostrarles quién era Sato Kenjiro...

Durante unos segundos, Kenjiro estuvo mirando los grandes ojos de Mai Korang, que permanecían fijos en él, como fascinados. Eran tan grandes, tan hermosos, tan puros...

Ni siquiera él podía pensar que aquella muchacha tuviese nada que ver con una organización criminal internacional.

Era absolutamente imposible.

—Te llamaré Maiko —sonrió de pronto Kenjiro—. Es un nombre que parece japonés, me gusta más. Y es parecido a Mai Korang. *Sayonara,* Maiko.

—¿Se va? —susurró ella.

—Sí. Pero no para siempre.

Tomó el rostro de la muchacha entre sus manos, y se inclinó a besar los labios llenos, tiernos, frescos. Maiko cerró los ojos, y permaneció inmóvil unos segundos, hasta que subió sus manos y las colocó sobre las de él. Eran frescas como pétalos de flores... al amanecer.

Cuando él apartó sus labios de los de ella, Maiko susurró:

—Sato Kenjiro.

El judoka asintió, la soltó, y dando la vuelta se dirigió a la puerta de la casa.

Salió de ésta sin volver la cabeza, y caminó rápidamente hacia donde había dejado el coche, con Yam Prang en su interior, desvanecido y sangrante. Pero el coche no estaba allí cuando llegó. Kenjiro vaciló, y optó por alejarse de aquel lugar. Mientras lo hacía, pensaba qué tenía que hacer. ¿Volver a la casa y esperar a Yam Prang? Esto no parecía muy inteligente, porque sin duda Yam Prang tomaría sus precauciones a partir de aquel momento, y quizá incluso pensaría que él había ido a la casa a ver a Maiko. Aún peor, puesto que le había visto por el retrovisor, y, naturalmente, le había reconocido, era posible que pensase que él estaba alojado en el hotel Montien, en cuyo caso irían a buscarlo allí. Y no iría Yam Prang solo.

Y quienes fuesen, sabiendo cómo luchaba él, no irían desarmados, o con simples cuchillos, esta vez.

Veinte minutos más tarde, estaba llamando a la puerta de la vivienda que Osamu Inomura tenía sobre el *dojo*. Era ya bastante tarde, pero el propio Inomura abrió a los pocos segundos; llevaba puestos solamente unos cortos calzones, y Kenjiro se sorprendió al ver la fina musculatura del nieto del Maestro.

—Quiero telefonear —dijo por todo saludo.

Osamu frunció el ceño, y acto seguido se apartó. Entraron en el saloncito, bellamente decorado, elegante. En la pared principal, el gran retrato oficial de Jigoro Kano. A su derecha, Sato vio una fotografía de su Maestro, de *Sensei*... Y por la puerta del fondo apareció una hermosa muchacha japonesa, poniéndose un elegante kimono blanco bordado con flores rojas y negras, suelta la cabellera de azabache.

—Es Sato —dijo Osamu, refunfuñando—. Ella es Kikuko, mi esposa.

Kikuko sonrió, haciendo una inclinación, y murmurando:

—*Anata no ouwasa wa kanegane ikatte ¡mas. O genki deska?* **14**.

Hai, okage samade, arigato. Hajime mashite. dozo yoroshiku **15**. —*Mata omeni kakarimasho* 16.

—*Yorokonde. Arigato gozamais. Arigato* **17**.

Kikuko volvió a sonreír, y se retiró, muy discretamente. Osamu

señaló el teléfono, sobre una mesita laqueada, pero Kenjiro no pudo telefonear hasta que le hubo explicado a Osamu lo sucedido, y fue éste quien buscó en el listín telefónico el número de Yam Prang. El mismo marcó el número. Kenjiro estuvo oyendo el repicar del timbre. Una voz femenina contestó y él la identificó en seguida, acercándose más al auricular. Osamu murmuró unas palabras más en tailandés, y le entregó el auricular.

—Sato Kenjiro —dijo éste.

—Sato Kenjiro, mi amor —le llegó la voz de Mai Korang.

El budoka se irguió, y miró a Osamu, que compuso una expresión de aburrido fastidio.

—Maiko, ¿ha regresado Yam Prang? —gruñó Sato.

—No, Sato Kenjiro.

—Escucha, no quiero que le digas que he estado ahí, en la casa. Habla con la vieja Na Paeng, y con los niños si es necesario; hazles comprender a todos que no deben decirlo.

—No sé si podré conseguir eso. Sato Kenjiro. Yo no lo diré y sé que la vieja Na Paeng me complacería. Pero no puedo asegurarte que los niños sepan comprender mi petición.

—Maiko, Yam Prang es un asesino, y está trabajando para asesinos. ¿Comprendes esto?

—Sí... Pero no puede ser verdad.

—¿Por qué habría de mentirte yo a ti, Maiko?

—No lo sé.

—Lo que te digo es verdad. Tienes que conseguir que Yam Prang no se entere de que he estado en su casa. Yo te llamaré mañana, para saber si lo has conseguido. ¿A qué hora puedo llamarte para que él no lo sepa?

—Lo mejor es una hora temprana. El viene tarde, y duerme hasta tarde. Llámame muy temprano.

—¿A las ocho?

—Sí. A las ocho, Sato Kenjiro. Estaré esperando,

—Adiós, Maiko.

—Sato Kenjiro, mi amor...

El judoka colgó el auricular, y miró a Osamu, que parecía entre divertido e irritado. —Sato Kenjiro, mi amor —dijo—. ¿No dijiste que no querías que los de Bangkok interviniésemos? Tuve que golpearte para llevarte al *dojo* y curarte, y tenerte allá escondido unos días. Y ahora, te presentas nada menos que en mi domicilio privado.

—El *dojo* está cerrado —gruñó Kenjiro—. Necesitaré una motocicleta. O mejor, un coche.

—También puedo proporcionarte un elefante. Los hay muy buenos en Tailandia.

—Yo no estoy bromeando —gruñó Sato.

—Yo tampoco. ¿Sabes lo que estábamos haciendo Kikuko y yo cuando tú has venido a interrumpimos?

—No. ¿Qué estabais haciendo?

—¿De verdad no lo adivinas?

Kenjiro Sato reflexionó unos segundos. De pronto, sonrió, mostrando sus fuertes y blancos dientes completamente.

—Podéis continuar, Osamu. Espero que mi presencia en este sofá no os moleste. Aquí, las paredes no son de papel. ¿Ella sabe hacer bien el amor, Osamu?

—Los dos estamos aprendiendo mucho —acabó por sonreír el nieto del Maestro—. A veces pareces simpático, Kenjiro. Mañana te conseguiré una motocicleta, seguramente. Hasta entonces, por favor, no molestes. ¿Sí?

—Estoy cansado. Voy a dormir.

—Me pregunto —frunció un instante el ceño Osamu— si realmente sabes lo que estás haciendo Y hasta empiezo a dudar de que mi venerado abuelo haya elegido bien al hombre.

Kenjiro Sato adoptó una hosca expresión.

—Ni siquiera a uno de sus nietos le permito dudar del sabio discernimiento de mi Maestro —gruñó—. Vuelve a decir algo de *Sensei* en ese sentido, y verás como Sato Kenjiro te rompe los dos brazos.

—Decididamente —rió Osamu—, a veces eres simpático. Buenas noches, Kenjiro. Voy a seguir gozando con mi esposa.

—Feliz noche —gruñó Kenjiro.

CAPÍTULO VII

—¡ Buenos días! —exclamó Kenjiro—. ¡ Pronto, sube atrás!

Mai Korang vaciló, pero apenas un segundo, porque realmente el tono de Kenjiro no admitía discusión. Así que se colocó en el asiento detrás de Sato, y éste salió disparado, a caballo sobre la «Yamaha», que saltó con suave resoplido de potencia. Mai Korang apenas había tenido tiempo de llegar al lugar de la cita en un *samlor*[18], y ya estaba de nuevo viajando, ahora en una motocicleta que parecía que pudiese echarse a volar.

—¡No corras tanto! —gritó.

Kenjiro Sato no le hizo caso. Todavía corrió a buena velocidad por Bangkok, tomando direcciones sin sentido..., a menos que temiese que alguien pudiese seguirlos. Cinco o seis minutos más tarde, redujo la velocidad, y otro par de minutos después, detenía la moto en la entrada de un parque.

—Baja —volvió la cabeza.

Mai Korang dejó de sentir en sus manos la dura cintura del judoka; se apeó de la moto, y sonrió a Kenjiro cuando él hizo lo mismo, Kenjiro se quedó mirando aquellos ojos, y la boca fresca, entreabierta.,. Tomó aquel rostro de melocotón entre sus manos, y sus duros labios se posaron en los de Mai Korang, que se abrazó de nuevo a su cintura, y correspondió al beso, con un dulce fuego que llevó mil sensaciones desconocidas al cuerpo de Sato.

Alrededor de ellos se oía rumor de circulación, y dentro del parque, en los jardines, voces agudas de niños. Eran las diez de la mañana: una mañana de sol espléndido, de temperatura seca y tibia, clásica del otoño tailandés. Muy cerca del parque había un *wat,* hacia el cual, sin duda, se dirigían los dos bonzos que pasaron, mirando inexpresivamente a Sato Kenjiro y a Mai Korang.

—Sato Kenjiro, mi amor —suspiró ella, después del beso.

—¿Estás segura de que no te han seguido?

—No lo sé.

—Pero si debes estar segura de si hay o no hay muchos hombres en tu casa.

—No hay ningún hombre. Y Yam Prang se fue esta mañana, así que vine a reunirme contigo.

—¿Sabes lo que pienso? Pues pienso que él se ha ido de la casa precisamente para que yo, que se supone la estoy vigilando, me

acerque a ti; entonces, me atacarán los muchos hombres que debe haber alrededor de la casa. O simplemente, me matarán de un tiro. Por eso se ha ido Yam Prang. Y los hombres amigos suyos, al verte salir, te habrán seguido..., hasta que has subido a mi motocicleta. A partir de entonces, ya nadie ha podido seguirnos.

—Estás hablando como si Yam Prang supiese que anoche estuviste en casa.

—¿Y no lo sabe?

—Ya te he dicho por teléfono que no, Sato Kenjiro.

—Está bien. Vamos a pasear por el parque. Quiero pedirte algo, Maiko. ¿Qué te ocurre?

—Kenjiro, no sé cuándo podremos volver a vernos,.. Por eso, quisiera... que estuviésemos solos tú y yo.

El budoka se quedó mirándola fijamente. Maiko sonrió, con tal dulzura, que Kenjiro pensó que todos sus músculos de acero se convertían en tiernos tallos de flor, mientras notaba aquella tremenda sacudida en el corazón.

—¿Eso es lo que realmente deseas?

—Sato Kenjiro, mi amor —temblaron los labios de ella.

No podía haber mentira en aquellos ojos, ni en aquellos labios..,, que Sato se inclinó a besar de nuevo, brevemente. Luego, señaló la motocicleta.

—Buscaremos un lugar como el que deseas, Maiko..., mi amor.

Era un restaurante, llamado Angkor, sito en la misma orilla del Chao Phraya. No era un lugar elegante, sino más bien modesto y un tanto misterioso, como correspondía a un local donde disponían de compartimientos reservados llenos de exotismo; constaban de una pequeña salita y un baño. Cerca del ventanal que se abría sobre el río, estaba dispuesta una mesita baja, destinada a efectuar las comidas, rodeada de almohadones de vivos colores. En un rincón, adonde por la mañana llegaban los rayos del sol, habían unas esterillas de paja, pero rellenas de plumas. Todo era allí claro, evidente. Y discreto.

Kenjiro se hizo entender bien en francés; habían ido allí a comer, pero llamarían más tarde para la comida. No hubo preguntas ni objeciones, y poco después estaban solos en el reservado. En una cestita habían pebetes, y Mai Korang prendió fuego a uno, de modo que el reservado se impregnó de un denso perfume mientras el blanco humo desaparecía. En el techo había un ventilador, pero el calor no era tanto como para ponerlo en marcha. Habían quedado silenciosos los dos, algo cohibidos. Mai Korang fue la primera que encontró algo que decir:

—Es un lugar agradable.

—No lo es.., —gruñó Kenjiro—. No, no lo es. Creo que deberíamos marcharnos; tú mereces algo mejor, Maiko.

—¿Mejor que tú? —susurró.

—Mejor que esto.

—Todos los lugares del mundo son buenos para el amor, Sato Kenjiro.

El judoka frunció el ceño.

—Esas palabras parecen dignas de mi Maestro.

—Tu Maestro... ¿Quién es él?

—Es quien me ha enviado a Bangkok, para terminar con esa organización a la que pertenece tu cuñado.

—Pero., ¿porqué no avisas a la policía, si estás tan cierto de eso?

—No. *Sensei* no quiere que recurramos a la policía, porque en ocasiones la policía se ha vendido, y el mal ha seguido su curso..., hasta que ha intervenido la *Kuro Arashi.* Por eso, él no avisa nunca a la policía; la propia policía podría venderse a los criminales, y luego delatarle a él, de modo que lo asesinarían, junto con todos los suyos. Por eso, *Sensei* recurre a nosotros, a sus discípulos, para que eliminemos el mal. Es la más dura prueba a que nos somete.

—¿Y vosotros aceptáis esa prueba?

—¿Aceptarla? ¡Yo moriría por mi Maestro! Aunque... Bueno, últimamente hemos tenido... algunas diferencias. No fue justo conmigo. Y él lo admitió. Yo odio la injusticia,

Maiko..., y él tiene que saberlo mejor que nadie. He tenido varios maestros, pero él ha sido... el hombre que ha penetrado en mí. Dice que sabe lo que me ocurre, que me está ayudando. Y yo pienso que, pese a todo, sí, él es mi Maestro, mi único Maestro. Pero todavía no lo sabe todo sobre mí... No, no lo sabe todo...

Mai Korang se desasió del cuello de Kenjiro, tomó sus manos y tiró de él hacia la colchoneta de paja rellena de plumas. Los dos se sentaron, y ella se quedó mirando aquellas manos que contrastaban violentamente con las suyas. Parecían de especies diferentes. Las manos de Maiko eran como flores. Las de Sato Kenjiro, eran hermosas por lo viriles, pero ni muchos menos podían ofrecer un solo detalle delicado; eran grandes, anchas, macizas, y sus fortísimos dedos, especialmente el meñique y el anular de ambas manos, aparecían un tanto deformados, por la postura de tantos años asiendo el *judogi* del adversario por el codo y por la solapa, tirando de él, alzándolo, derribándolo, sujetándolo...

Kenjiro Sato terminó de doblar cuidadosamente su judogi, *lo ató con el cinturón negro, y se quedó mirando el pequeño paquete así formado. Tenía diecinueve años, y, representando a su escuela, a su* dojo, *había llegado a las finales en el campeonato de Judo del Japón, en los pesos medios y en todas las categorías. En todas las categorías, esto es, en la competición donde intervendrían los grandes pesos, no se hacía muchas ilusiones; pero, en su categoría, el nombre de Kenjiro*

Sato estaba ya en todos los labios. Dentro de cuatro horas, todo habría terminado, y él, Sato Kenjiro, podía ser campeón de Japón.

¡Campeón de Japón, a los diecinueve años, sin pertenecer a ninguna Universidad, por méritos exclusivamente, propios...!

Fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta del modesto cuarto que ocupaba hacía dos años en una callejuela cerca de Ginza. Kenjiro Sato fue a abrir. Se quedó mirando a los dos muchachos de su edad aproximada que había en el pasillo.

—¿Qué desean?

—¿Kenjiro Sato? —preguntó uno de ellos.

—Sí... Sí, soy yo.

Por detrás de los dos jóvenes, aparecieron cuatro hombres más. Cuatro hombres ya formados, adultos, de más de treinta años. En un instante, los seis visitantes estaban dentro del cuarto, y habían cerrado la puerta tras ellos.

Uno de los jóvenes dijo:

—No queremos que te presentes, Sato. ¿Lo entiendes?

—No... —musitó Kenjiro—. No, no lo entiendo.

—Nosotros somos de una escuela diferente a la tuya. Y no queremos que te presentes a la final. Eso sí lo entiendes, ¿verdad?

—¿Queréis que yo no me presente para que venza un amigo vuestro? —preguntó incrédulamente Kenjiro.

—Esa es la idea,

—¿Qué amigo es ése?

—Eso no te importa.

—No, no me importa. No es por conocerlo... Es porque creo que estáis mintiendo.

Ninguno de los judokas que vamos a luchar hoy seríamos capaces de recurrir a una suciedad como ésta. Cada uno de nosotros, cada uno de tos que hemos llegado hasta aquí, tenemos corazón y todo lo demás para llegar hasta el final sin la ayuda de nadie. Sé que estáis mintiendo, porque ninguno de mis adversarios judokas podría descender tan bajo. Eso es sencillamente imposible, lo sé. Nunca creeré eso de un judoka que está camino del campeonato. Nunca.

—Y harás bien —rieron los dos jóvenes—, porque nosotros estamos aquí sin que lo sepa nuestro... protegido. Si tú no te presentas, él tiene tantas oportunidades como los demás. Si tú te presentas, sabemos que vencerías tú. Por eso, no queremos que te presentes.

—Apartaos —adelantó Sato una mano hacia ellos—. Estaba ya a punto de salir, y vosot...

Algo silbó en el aire, desde detrás de uno de los jóvenes. La cadena apareció, brillante, golpeando la mano derecha de Sato Kenjiro y enroscándose acto seguido en ella. El dolor fue tal cuando el manrikigusari *se enroscó en su mano, que Sato estuvo a punto de*

desmayarse. El hombre tiró de la cadena cuando el peso del extremo terminó de dar vueltas, y Kenjiro lanzó otro aullido cuando sintió cómo su piel era arrancada salvajemente.

El mismo dolor le hizo reaccionar, y por un instante, en su mente estalló la idea de que él, Kenjiro Sato, era 2.° Dan *de judo, aspirante al campeonato de Japón. Así que se puso en pie de un salto, cerró sus dedos ateridos sobre la cadena, y tiró hacia sí de aquel hombre más alto y más fuerte que él, lo agarró con las dos manos por las solapas, se lo pasó por encima del hombro derecho, y la estrelló en el suelo ante él, en un impresionante* morote *que hizo temblar todo el viejo edificio.*

El hombre ya no se movió, pero, por detrás de Kenjiro, otra cadena silbó, otro manrikigusari *fue a incrustarse en la carne del judoka, ahora en la espalda. Kenjiro salió disparado hacia delante, chocó contra la pared, se revolvió, y se abalanzó hacia uno de los hombres más fuertes, con una rabia infinita, como una auténtica fiera herida, lanzando un "kiai" que debió penetrar hasta el mismísimo centro de la Tierra...*

¡TOIIUJII...I

Llegó hasta el hombre, le puso la mano derecha, todavía con la cadena enroscada, en pleno rostro, pasó su pierna derecha rozando la cadera del mismo lado del hombre, y luego barrió hacia atrás, subiendo su pierna hasta lo más alto, bajando su cabeza hasta el suelo, en alucinante o soto gari *que aplastó al hombre contra el suelo estruendosamente.*

Al mismo tiempo, Kenjiro recibía el golpe de tam-bo *en la parte posterior de la cabeza, que retembló como si fuese a saltar en pedazos. Todavía, el corto bastón de escasos cincuenta centímetros, volvió a golpearle, y Kenjiro se fue de bruces al suelo, con la cabeza abierta, manando sanare en aterradora abundancia. Como fletando entre nubes negras, pudo sentir los golpes en los costados, el nuevo latigazo de un* manrikigusari, *y finalmente, cuando comenzaba a hundirse en aquella negrura infinita, el intenso dolor en su mano izquierda, que le hizo recuperar la conciencia. La dolorísima conciencia, hasta el punto de que oyó perfectamente crujir los dedos de su mano izquierda...*

Cuando se puso en pie, la habitación le pareció la cubierta de un barco atrapado en una tempestad. La puerta de su habitación estaba abierta, y algunos vecinos, en el pasillo, le contemplaban con expresión aterrada.

Entonces, todavía como soñando, Sato Kenjiro se miró las manos, y, sin poderse contener, se echó a llorar...

—Sato Kenjiro, mi amor; ¿no me estás escuchando?

Kenjiro tragó saliva, miró a Mai Korang, y luego, sobresaltado, se miró las manos. Un profundo suspiro escapó de su pecho. No, no ocurría nada, sus manos estaban bien. Aquello había sucedido hacía once años.

—¿Estás bien? —tembló la voz de Maiko.

—Sí… Sí. ¿De qué estábamos hablando?

—De que tu Maestro no lo sabe todo sobre ti.

—Ah… Sí, de eso. Bien… En realidad, ya pasó. Ya pasó todo, Maiko.

—Yo también pienso que no debemos hablar del pasado, sino de nuestro presente, Kenjiro. Para eso hemos venido aquí.

—Maiko, no…

Ella le puso un dedito en los labios.

—¿Lo oyes, Kenjiro? —susurró.

—Sí.

—Entonces, te lo suplico, contéstale…

Kenjiro Sato abrazó a Maiko, y de nuevo notó la tierna frescura de sus labios.

CAPÍTULO VIII

—¿Eres feliz, Sato Kenjiro?

Kenjiro se colocó mejor de lado, para poder verla bien, para recrearse en la belleza de sus ojos.

—No he sido tan feliz en mi vida, Maiko. Pero...

—¡Oh! —gimió ella, abriendo mucho los ojos—. ¿Pero...?

—Tengo hambre.

La muchacha se echó a reír. Era una risa que parecía llegar desde el cielo directamente a los oídos de Kenjiro.

—¡Entonces, ha llegado el momento de que pidamos la comida, Sato Kenjiro! Yo también tengo hambre. Es muy tarde. Creo que deben ser las cuatro de la tarde, por lo menos.

—Entonces, podríamos esperar un par de horas más y pedir la cena, Maiko, mi amor Ella cerró los ojos y entreabrió los labios.

—Lo que tú quieras, Sato Kenjiro.

Casi a las siete, cuando el cielo comenzaba a teñirse de rojo, Kenjiro se sentó en la colchoneta, y dijo:

—Si no como algo, me moriré.

—¿Me dejas que sea yo quien pida la comida? Tú no sabrías qué pedir en un sitio como éste.

—¿Y tú sí? Veamos, ¿qué vas a pedir?

—Pues... —Maiko se sentó también, y quedó graciosamente pensativa—. Considerando que los dos tenemos mucho apetito, creo que debería pedir una buena y sustanciosa comida. ¿Te gusta algo picante?

—No.

—Lástima. Habría pedido *prikinou.* Son unos pequeños pimientos muy picantes. Bueno, pediré... Sí, *Gang Tom Yam, Gang Pet*... ¿Te gusta el cerdo?

—En estos momentos, comería hasta *prikinou.* Pero mejor si podemos evitarlo.

—De acuerdo. Bueno, creo que antes de preparar yo el menú será mejor enterarse de lo que pueden servirnos. Espero encontrarte aquí cuando vuelva, Sato Kenjiro.

—Cabe en lo posible —sonrió el judoka.

Se pusieron los dos en pie, y Kenjiro la ayudó a vestirse rápidamente. Ella salió del reservado, y él se acercó, tras vestirse a su vez, a la ventana. Pronto se verían aquellas luces de colores sobre la

metálica superficie del Chao Phraya. Sí, era como si el río fuese una lámina de metal, tan quietas discurrían sus aguas. En realidad, ya se veían algunas luces...

Kenjiro cerró los ojos, y se imaginó a Maiko bailando como había hecho antes, sólo para él y sin música. Había algo en la vida que él jamás había visto hasta entonces: la belleza. Había conocido mujeres, y muy hermosas, sin duda alguna. Pero no era esa clase de belleza. También había visto cuadros bellos, había escuchado buena música, había oído hermosas voces, había leído hermosos libros... Pero en realidad, no había percibido su auténtica belleza. Lo que había sentido al ver a Maiko era totalmente distinto a lo anterior. Como si de pronto hubiese comprendido que la belleza era algo más que formas, colores, sonidos y palabras...

—¿En qué estás pensando? —preguntó Maiko, entrando de pronto.

—No lo sé. Estoy desconcertado. ¿Tú no?

—No... Bueno, me desconciertas ahora tú. ¿Por qué tendría que estar desconcertada?

—¿Has amado antes alguna vez?

—Sabes muy bien que no —enrojeció Maiko.

—Lo que quiero decir... No sé. ¿Tú crees que las cosas pueden verse de diferente modo... siendo las mismas cosas?

—No sé, Kenjiro.

Él le pasó un brazo por los hombros, la apretó contra su pecho y quedaron silenciosos, mirando hacia el río, que se iba oscureciendo. Diez minutos más tarde, trajeron la comida encargada por Maiko, que despidió al servicio, asegurando que ella se encargaría de servirla. Kenjiro se sentó a un lado de la mesita lacada, y miró de pronto preocupado a la muchacha.

—¿Cuándo vuelve tu cuñado? Si sabe que todo el día...

—No te preocupes por Yam Prang —musitó Maiko.

Sirvió dos platos de comida en la mesita, y se sentó frente a Kenjiro.

—Huele bien —sonrió el budoka—. Espero que... ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras

así?

Mai Korang abrió la boca, vaciló... y de pronto se echó a llorar, con fuerza. Kenjiro quedó con la boca abierta, aturdido. De pronto, fue a sentarse junto a ella, y la abrazó por los hombros, tiernamente.

—Maiko, ¿qué te ocurre? ¿Es por mi culpa? ¿Lamentas lo que hemos vivido? ¿Es eso?

—No... —gimió ella—. ¡Eso nunca, nunca, nunca...!

—¿Entonces...? ¡Maiko, por favor, no llores! Dime qué te ocurre, te lo suplico... ¡Por favor, dime qué te ocurre! Maiko, Maiko, mi

amor..

La puerta se abrió con brusquedad, y Kenjiro Sato volvió la cabeza, agrio ya el gesto, destellando de furia los ojos, comenzando a abrir la boca para proferir el destemplado grito de expulsión de quien fuese...

Se quedó un instante con la boca abierta. Luego, palideció, al reconocer al hombre que había en el umbral con la cara llena de tiras de esparadrapo: Yam Prang. Detrás de él entraron cuatro hombres más, todos ellos con porras. Kenjiro estaba tan aturdido que no comprendió hasta que Mai Korang arreció en su llanto.

Entonces, se apartó de ella, y la miró con expresión desorbitada.

—No... —gimió—. Maiko, tú no. ¡Tú no! Maiko, Maiko, Maiko...

—Capturadlo —dijo Yam Prang—. Pero vivo, recordadlo.

La cabeza de Kenjiro se volvió hacia Yam Prang, con la velocidad de la de una víbora. Los negros ojos se llenaron en un instante de aquel fuego negro que ya la noche anterior había estremecido a Yam Prang, que retrocedió de un salto cuando Kenjiro comenzó a ponerse en pie.

—Cuidado con él... —jadeó—. ¡Mucho cuidado con él! ¡Tiene que ser el que fue a la choza de Yun Tao!

Los oblicuos párpados de Kenjiro se entornaron. Entonces, todo era cierto, estaba en la buena pista. ¿Capturarlo? ¿A él? ¿Vivo?

—¡TOílíllllll...! —se lanzó como una fiera hacia Yam Prang, lanzando su «kiai»

Uno de los hombres armados con porras cometió la estupidez de ponerse en el camino del judoka, simplemente esperando romperle la cabeza con un golpe. Lo que sucedió fue que Kenjiro lo arrolló. Simplemente, lo arrolló, pasó por allí como si él no estuviese, apartándolo con el simple impacto de su cuerpo con tal fuerza que el hombre fue a estrellarse contra la pared, girando para rebotar y caer de bruces..., mientras las manos de Kenjiro se cerraban sobre la ropa de los hombros de Yam Prang.

En cierto modo, Yam Prang tuvo suerte.

Si Kenjiro se hubiese propuesto proyectarlo, todo habría terminado así para Prang, con algún hueso roto, quizá. Pero en esta ocasión, el judoka quería llegar mucho más allá de una proyección: quería romperle el cuello a Yam Prang entre sus manos. Por eso, lo asió por la ropa de los hombros, lo hizo girar para rodearlo con un brazo, y con la otra mano asió la barbilla de Yam Prang; sólo tenía que girar la barbilla hacia su derecha, y el cuello de Yam Prang se rompería como una caña seca...

Pero esto requería un poco más de tiempo que una proyección, y, cuando Kenjiro Sato se disponía a romper el cuello del tailandés, una de las porras le acertó en la coronilla, por detrás. Casi al mismo

tiempo, otra porra le golpeaba de lado, llegando también por detrás, sobre la oreja izquierda. El dolor fue tan atroz esta vez, que cuando, tras soltar a Prang y tambalearse, Sato recibió el tercer golpe, ya ni se enteró.

CAPÍTULO IX

Había oído rumor de motores, y supo que estaba navegando. No sabía cuánto tiempo hacía de eso. No sabía hacia dónde, porque todo lo veía negro. Tardó algunos segundos en comprender que le habían colocado una venda en los ojos. Y al mismo tiempo, se daba cuenta de que estaba atado de pies y manos. Oía el crujido del agua muy cerca de él. O sea, que estaba tirado en la cubierta de una lancha, cerca de la borda... En determinado momento, le pareció oír música. Debía ser de algún restaurante flotante.

La cabeza le dolía espantosamente, y tenía la sensación de que el lado izquierdo se había hinchado como un globo. Por si esto fuera poco, le dolía también el cuello; y la herida del costado, que tan exquisitamente habían cuidado de no perjudicar Maiko y él, se había abierto, y, claro, estaba sangrando...

Maiko.

Kenjiro Sato sintió tal tristeza, que durante un par de minutos se olvidó de sí mismo, de la realidad de su situación. Sintió tristeza por sí mismo, ya que a fin de cuentas tenía lo que merecía. ¿Acaso no había planeado él engañar a Maiko, abusar mentalmente de ella? No podía engañarse a sí mismo; él había buscado aquel acercamiento a la muchacha no sólo por deseo personal, sino porque esperaba utilizarla a ella para llegar hasta la organización a la que pertenecía su cuñado Yam Prang.

Sí, eso había pretendido, era necio mentirse a sí mismo; utilizar a Maiko para que, en breve, ella le ayudase a tender una trampa a Yam Prang, capturarlo, y obligarle a decirle todo lo que supiese sobre la organización y el modo de llegar hasta el centro de ella.

Y este pensamiento era el que tenía profundamente triste a Kenjiro Sato; así pues, ¿él también era capaz de mentir, de engañar? ¿Mentir y engañar incluso al ser amado? ¿Era esto posible? ¿Era razonable?

El ruido de motores cesó, de pronto, y junto a él comenzaron a sonar voces, en tailandés. No entendió nada. La lancha se deslizaba ahora suavemente, como sobre seda, en silencio. Por fin, se detuvo, un tanto bruscamente, fue desplazada, y quedó quieta definitivamente. Más voces. Unas manos lo asieron, lo alzaron... Se sintió en el aire, y fue a caer duramente sobre tablas, que resonaron en el silencio. Sí, allí sí había un considerable silencio. Más voces, ruido de pies. Fue

nuevamente alzado, y cargado. Ahora lo llevaba un hombre sobre un hombro, doblado por la cintura, como si fuese un saco. Primero, las pisadas sonaron blandamente, es decir, que estaban caminando sobre tierra. Luego, resonaron con claridad; caminaban sobre mosaico. Se oían muchas pisadas, ruido de puertas. En alguna parte zumbaba un ventilador. Bajaron escaleras, caminaron por plano nuevamente. Se oyó el chirriar de una puerta que debía ser pesada, y que se cerró tras él después que lo dejaron caer al suelo, sin miramiento alguno.

Eso fue todo.

Luego, el silencio impenetrable.

Alrededor de una hora más tarde, cuando estaba consiguiendo aflojar las cuerdas que sujetaban sus manos a la espalda, la puerta se abrió, alguien entró, y Kenjiro fue puesto en pie, sus manos desatadas, y también sus pies. Por último le quitaron la venda que se apretaba fuertemente sobre sus ojos, que tuvo que cerrar para protegerse del deslumbramiento. Lo empujaron, y comenzó a caminar. Tardó muy poco en acostumbrar sus ojos a la luz...

Delante de él iban dos hombres, dándole la espalda con total indiferencia. Naturalmente, porque se sentían protegidos, ya que detrás de Kenjiro iban cuatro hombres más, que, como los primeros, llevaban pistolas. Por rápido que él fuese, seis pistolas eran demasiadas.

Su impresión de que estaban en un sótano se confirmó. Habían más puertas como aquélla que se había cerrado tras él. Grandes, sólidas, herméticas. Parecía un pasillo con calabozos. Luego, una sala medianamente espaciosa, donde se veía un tramo de escalones de piedra que subían, y a cuyo pie había un hombre armado con una metralleta. Al fondo, otra puerta, que los dos hombres que iban delante abrieron. Kenjiro Sato entró a una grandiosa sala en verdad sorprendente; era a la vez biblioteca, sala de té, bar americano, despacho, sala de estar... En la parte destinada a la sala de estar, amueblada con un comodísimo tresillo y sillones sueltos, habían varias personas, hombres y mujeres; de raza blanca. Ellos vestían de esmoquin blanco, ellas de noche, con bonitas joyas, mostrando sus finas carnes bien cuidadas en los hombros, y casi completamente los senos.

Kenjiro Sato fue colocado ante estas personas. En total, eran cinco parejas, elegantísimas; cuatro de edad mediana, una bastante más joven. Pero, además, había otra persona, que Kenjiro vio entonces: un asiático de cara comida por la viruela, pequeño, retorcido, horrible, que parecía hundirse en el sillón que ocupaba, con el respaldo apoyado en un precioso biombo de origen chino, sin duda alguna.

Las personas de raza blanca eran interesantes, pero aquel

hombrecillo de rostro comido por la viruela era sin duda alguna el ser más interesante que Sato había conocido jamás. No podía decir si era japonés o chino, o malayo.. Su rostro estaba tan deformado que no era fácil llegar a una conclusión. Su estatura debía ser inferior al metro y medio. Su indumentaria era igual a la de aquellas hermosas parejas de raza blanca: un esmoquin blanco. Era sencillamente grotesco y aterrador. Tenía en las manos una caja pequeña... No. Parecía una calculadora de bolsillo, a pilas, que en aquel momento tenía la pantallita encendida.

Los negros ojos de este personaje se clavaron en Kenjiro, mientras éste miraba a los elegantes hombres y a las bellas mujeres de raza blanca. En los ojos de las damas había un destello de admiración; en los de los hombres, una frialdad inaudita, como Kenjiro no había visto nunca en ser humano.

La voz del enano horrible casi sobresaltó a Kenjiro:

—Me dicen que habla usted perfectamente el francés, señor Sato —dijo en este idioma.

—Así es —lo miró Kenjiro.

—Bien. Así será fácil entendernos. ¿Quiere usted un poco de *mekhong*? —ofreció, señalando la mesita con bebidas.

—No sé qué es eso —dijo secamente Kenjiro.

—Pues, simplemente, whisky tailandés. Mis invitados lo estaban probando... ¿Quiere una copa?

—Nunca he bebido licor. No tengo porqué cambiar ahora.

—El hombre debe tener unas ideas concretas, en efecto, señor Sato —asintió el hombrecillo grotesco—. Como le decía, tenía invitados arriba, en la casa. Personas importantes, que han venido a visitarme para interesarse en mi... negocio. Seguramente, vamos a llegar a un acuerdo. Pero, mientras tanto, usted se está dedicando a molestarme. Usted y otros hombres a los que fue preciso eliminar. ¿Me comprende?

—Perfectamente, si Yam Prang trabaja para usted.

—En efecto, Yam trabaja para mí.

—Entonces, sí, le entiendo. Usted debe tener algo que ver con la organización criminal que tengo que destruir.

Hubo sonrisas alrededor de Kenjiro. También el enano sonrió, o algo parecido,

—¿Algo que ver? Vamos, señor Sato, concédame más importancia, por favor; soy el creador de esa organización. El creador, director, y único jefe. Lo que no excluye que esté dispuesto a admitir asociados —señaló a sus invitados— con vistas a extenderme por otros continentes. A propósito, mi nombre es Asia.

—¿Y los de sus invitados?

—Vamos a dejarlos en el anonimato, por el momento —casi rió

Asia—. Son personas con determinadas influencias muy poderosas en el continente americano que han venido a estudiar mis proposiciones. Como usted bien sabe, muchos, muchísimos americanos, tienen intereses en el continente asiático y, a veces, les sería muy conveniente que aquí, en Asia, ocurriesen determinados,., incidentes.

—¿Asesinatos, sabotajes, atentados políticos...? —sugirió Kenjiro.

—Entre otras cosas —admitió Asia — . Sí, mí organización es lo que suele llamarse una perfecta organización criminal, destinada a servir a los poderosos con grandes intereses en todo el mundo. Pero, especialmente, con intereses en Asia. Usted sabe que los sistemas de asesinato occidentales son demasiado evidentes, por lo que, si alguien importante de Asia es asesinado por esos procedimientos, se ve demasiado. Claro que hoy día, esos procedimientos los usan también los asiáticos, pero siempre se tiene tendencia a sospechar del extranjero, En cambio, cuando se utilizan métodos asiáticos, es mucho más difícil establecer de dónde procede el golpe que ha eliminado a tal o cual persona, o grupo político o económico. Por eso, con mis procedimientos asiáticos, yo puedo servir muy bien los intereses de algunos grupos americanos o europeos con intereses en Asia, sin levantar sospechas. ¿Me comprende?

—Sí. ¿Cuáles son sus procedimientos?

—Digamos que estoy procurando reunir un buen grupo de expertos en luchas orientales que, llegado el momento, pueden matar de un modo muy clásicamente asiático, con sus propias manos, o utilizando armas orientales. Si, por ejemplo, un grupo económico americano precisa que sea asesinado el director de una empresa tailandesa, o quizá un determinado general del Ejército del Aire, que está impidiendo determinados contratos; o un diplomático que está aconsejando la no aceptación de productos americanos que fabrica esa compañía o grupo económico..., si una persona así tiene que ser eliminada, «Asia» se encarga de ello con todas las garantías...

—¿Usted? —se sorprendió Kenjiro.

—No, no. Es que mi organización también se llama Asia... Como le decía, Asia se encarga de ello, pero por métodos bien orientales. Por ejemplo, nadie va a sospechar de ese grupo americano si el director de empresa, o el general, o el diplomático, son degollados por un par de asiáticos que utilizan un *kris* malayo y le roban cuanto de valor lleve encima; otro procedimiento, podría ser el de convertirlos en rodajas utilizando un sable japonés, dando la sensación de que puede tratarse de alguna extraña venganza; o quizá podría recurrirse a la estrangulación por medio de cordones de seda, tipo *tug* de la India; o quizá se les puede partir la cabeza con un golpe de karate... ¿Me va comprendiendo, señor Sato?

—Sí.

—Magnífico. Como puede usted comprobar —volvió a señalar a sus invitados—, mis futuros probables asociados son personas de gran calidad, por lo que les gustan las cosas bien hechas. Nada de soluciones brutales, torpes. No. Siempre, las cosas bien hechas, puesto que siempre los trabajos significan la solución a deseos o problemas económicos de alta envergadura...

—Esos «trabajos» pueden crear complicaciones diplomáticas, y hasta enfrentamientos militares —murmuró Kenjiro.

—Sí, lo sabemos. Pero eso es, precisamente, lo que se busca en ocasiones. No dejamos nada al azar, señor Sato; si se produce un alzamiento militar contra el vecino país, por ejemplo, no le quepa la menor duda de que eso es lo que querían los clientes de Asia, por conveniencias económicas. Todo se estudia bien, y se prepara mejor. Asia está destinada a ser la solucionadora de problemas de alto rango a los grandes capitalistas occidentales. Esa es mi intención, y en ese sentido estoy preparándolo todo, sin demasiadas prisas. Estoy seleccionando mi personal, mis sistemas, mis posibles asociados... Yo diría que todo va estupendamente. Pero...

Asia dejó de hablar, y Kenjiro ladeó la cabeza, entornando los oblicuos párpados. Le dolía la cabeza, la oreja, el costado. Sin embargo, no quería perderse nada de lo que pudiese decir aquel pequeño y grotesco monstruo.

—Pero —terminó Asia—, de pronto, aparecen unos... curiosos personajes que se dedican a meter las narices en mis asuntos. Al primero de ellos, creyendo que era de la policía, simplemente lo eliminamos, aprovechando para hacer una pequeña demostración a mis hombres.

—¿Qué quiere decir? ¿De qué está hablando?

—Quizá tenga ocasión de saberlo muy pronto, señor Sato. Como le decía, primero pensé que quizá la policía había olfateado algo, y eso me preocupó. Cuando apareció el segundo curioso, comprendí por sus métodos que no tenía nada que ver con la policía. Además, como el primero, era japonés. En verdad sorprendente. Yam Prang y algunos de mis hombres se dieron cuenta de que estaba vigilando a Tin Maeng, así que tuvimos que eliminar a Tin Maeng, y, luego, a aquel hombre, por el mismo procedimiento que el primero: fue capturado, traído aquí y enfrentado a mis... amigos personales. Al primero no se le hicieron preguntas. Al segundo, tampoco, porque, como le digo, desestimé la posibilidad de que fuese de la policía "tailandesa. Pero luego, señor Sato, llega usted, siempre con la misma idea de los dos anteriores, y eso ha comenzado a preocuparme un poco. ¿Sabe por qué?

—No.

—Es usted muy parco en palabras, señor Sato —pareció sonreír Asia—. Lo lógico sería

que hubiese preguntado por qué.

—Es evidente que usted piensa decírmelo.

—Ah. Muy inteligente. Tengo entendido que además es usted un luchador muy notable... ¿Cuál es su especialidad?

—Judo.

—Judo... Interesante. Bien, voy a decirle por qué empiezo a preocuparme un poco: porque temo que usted, y los otros, pertenezcan a alguna otra organización que pretenda nada menos que eliminarme a mí para ocupar mi puesto. ¿Es así?

Kenjiro Sato sí sonrió. Pero en seguida se arrepintió, al sentir aquel atroz dolor en la cara.

—¿Sonríe usted, señor Sato? Admirable. ¿He dicho alguna tontería, quizá?

—Por el contrario, ha acertado usted de lleno, Asia.

—¡Ah! —relucieron los ojos del enano—. He acertado... En ese caso, quizá sea usted tan amable de decirme qué organización es ésa.

—*Kuro Arashi.*

—¿Negra Tempestad? —demostró sus conocimientos de japonés el llamado Asia — . Curioso nombre. ¿Qué significa?

—Significa que una negra tempestad caerá sobre todo aquel que esté en la línea de conducta de usted. Esto es, en la línea del mal. La negra tempestad de la muerte, Asia.

—Entiendo. ¿Quién dirige esa organización?

Kenjiro Sato apretó los labios, que, no obstante, mostraron un asomo de sonrisa. Una sonrisa que Impresionó visiblemente a los elegantes personajes americanos que asistían a la Interesante entrevista.

—Señor Sato, yo ordené que le capturasen vivo precisamente para que usted contestase a TODAS mis preguntas, por lo tanto usted debe comprender que no estoy dispuesto a aceptar negativas o evasivas.

—Lo comprendo.

—¿Y no quiere contestar?

—No.

—No sea estúpido. ¿Por qué morir con dolor? Puedo obligarle de mil modos a que me diga todo lo que yo quiera saber.

Kenjiro Sato cerró los ojos un Instante. En ese Instante, en su mente apareció la figura de *Sensei,* en el jardín de su retiro, con un brazo extendido y varios pajarillos en él; vio los blancos cabellos del Maestro, su expresión de Inalterable paz, su goce del *satori* después de tantos años de soportar la convivencia con seres humanos que no merecían ese nombre; como él mismo, siempre tan violento, tan

Impulsivo, siempre con tan mala leche, con aquella Ira, aquella furia de disconformidad en todo y por todo..., para, al final, Ir a terminar sus días porque así convenía a un ser al que jamás había visto, y que tenía una mente asesina... Y vio, también, cómo en el jardín del Maestro aparecían varios hombres desconocidos, que lo asesinaban brutalmente, terminando así con una vida hermosa, con una mente que sólo pensaba en la bondad y el amor...

—No le diré nada.

—Me parece, señor Sato, que usted no conoce todavía el dolor.

—Lo conozco mejor que usted. No le diré nada.

Asia frunció el ceño, se volvió hacia sus invitados, y dijo:

—¿Les gustaría presenciar una pequeña demostración?

Hubo alguna sonrisa en los rostros de los hombres, un gesto de curiosidad en los de las mujeres. Asia miró a sus hombres, e hizo una leve seña. Kenjiro se volvió, y vio cómo los seis hombres que le habían llevado allí guardaban sus pistolas, y, de la cintura, sacaban unos *nunchaku.* Los pequeños bastones de roble, unidos entre sí por hilos de perlón o cadenas, comenzaron a girar por encima de sus cabezas, con seco silbido...

Kenjiro Sato no era un necio. Sabía que seis hombres con aquella arma podían triturarlo en cuestión de segundos, podían romperle todos los huesos, machacarlo, convertirlo en una masa muerta antes de que transcurriese medio minuto. Y estaba comprendiendo que no iba a ser fácil salir con vida de aquel lugar. Había ido allí para hablar, y luego morir.

¿Y eso sería todo? Después de tanto luchar en la vida, de tanto sufrir, de tanto enfurecerse, de tanto vibrar bajo aquella profunda rabia que siempre había latido dentro de él..., ¿iba a morir apaleado, triturado, y fin de todo para siempre? Entonces, ¿qué es lo que valía la pena, qué es lo que había valido la pena?

¡Chak!, chascó el primer golpe en el costado derecho de Kenjiro. Este lanzó un aullido, se volvió hacia Asia, y, sorprendiendo a todos, saltó hacia él, tendiendo sus manos hacia la cabeza del grotesco enano. Ese era el camino: morir, pero matando a aquella víbora, eliminando la organización Asia antes de que hubiese tan siquiera comenzado a funcionar. Sus manos alcanzaron los crespos cabellos de Asia, que parecían alambres, y tiraron hacia arriba, alzando todo el cuerpo del sillón. Podía romperle la cabeza como si fuese un melón, entre sus manos, prensándola, reventándola con toda facilidad...

¡Chak!, chascó ahora el siguiente golpe, en plena espalda de Kenjiro. Y cuando aún no se había sobrepuesto de este nuevo dolor, llegó el siguiente; un dolor espantoso, que irradió desde la base del cuello a todo el cuerpo, paralizándolo. Tuvo que soltar a Asia, encogerse, agarrotado, mientras dentro de él estallaba la furia más

espantosa que había experimentado en su vida...

—¡Quietos! —gritó Asia, ya fuera del alcance de Kenjiro—. ¡No le golpeéis más!

Kenjiro Sato estaba de rodillas, encogido aún como atravesado por aquel dolor horrible. Apretó los dientes, y se puso en pie. Los invitados de Asia se habían apresurado a ponerse fuera de su alcance, y lo miraban con expresión desorbitada, asustados. Detrás de Sato, los seis hombres esperaban, con los *nunchaku* en alto, listos para seguir el castigo en cuanto Asia lo ordenase.

Pero éste aún movía la cabeza negativamente. Su rostro aparecía desencajado por una mueca de furia.

—No va a ser así de fácil para usted, Sato —jadeó—. Mañana, cuando mis invitados se hayan marchado, volveremos a tener una entrevista a este nivel. Pero ahora, solamente quiero proporcionarle la mayor humillación de su vida..., como a los otros dos que estuvieron antes aquí. Sólo que usted no morirá... Usted vivirá, para que volvamos a vernos mañana. Voy a presentarle a mis... amigos personales. ¿Es usted judoka? Dicen que el judo es más inteligencia que fuerza, ¿no es así? Muy bien, Sato, ¡demuéstrenos su inteligencia!

Asia apretó uno de los botones de aquel aparato que parecía una pequeña calculadora

a pilas. En alguna parte, se oyeron un par de chasquidos suaves. Luego, un seco golpe en el suelo... Los Invitados y Kenjiro localizaron el lugar de donde procedían esos sonidos: detrás del biombo.

Y todas las miradas se volvieron hacia allí.

Las mujeres lanzaron un grito de espanto cuando aparecieron los «amigos personales» de Asia. Eran dos robots de dos metros de altura, dos Imitaciones toscas y groseras del cuerpo humano, con cabeza tubular, en la que destellaban dos luces, dos ojos luminosos. Con pasos pesados, caminaban hacia donde estaba Kenjiro Sato, que no podía creer lo que estaba viendo, y sentía erizado el cabello.

—Son los únicos en quienes confío plenamente, señor Sato —dijo Asia—. Han sido programados para afrontar cualquier conocimiento de lucha, y lo demostraron ya. Haga usted lo que haga, ellos sabrán responderle. A sus amigos, los mataron a golpes. A usted, sólo van a humillarlo..., pero también a golpes. Vea si puede derribarlos a golpes, como Intentaron los otros. ¡Vamos, Inténtelo, señor Sato!

Kenjiro retrocedió. Los dos robots estaban ya muy cerca de él. Asia apretó otro botón, y ambos brazos derechos se alzaron amenazadores. Kenjiro retrocedió otro paso. ¿Cómo podía derribar a golpes a aquellos muñecos que debían pesar doscientos kilos cada uno? El karateka K, evidentemente, no lo había conseguido. Y si un karateka enviado por *Sensei* no lo había conseguido... ¿Iba a ser él tan

necio de pretender conseguirlo?

¡FSSSS...!, pasó silbando muy cerca de él el brazo de uno de los robots, como un extraño juguete que descargase un hachazo. ¡FSSSS...!, silbó el brazo del otro. Kenjiro retrocedió de nuevo, esquivando con facilidad, por el momento.

— ¡Vamos, vamos! —reía demoníacamente Asia—. ¡Vamos, judoka, demuestre su Inteligencia!

Asia hablaba demasiado. Habló demasiado, y eso llevó la luz a la mente de Kenjiro Sato. ¿Por qué a golpes? Ese era precisamente el error. Era absurdo golpear aquel montón de hierros. Pero...

Para pasmo de todos, y ocasionando unos grititos en las enjoyadas damas, Kenjiro Sato dejó de retroceder y, por el contrario, se acercó a uno de los robots, velozmente, cuando el artefacto estaba alzando de nuevo el brazo. Asia se apresuró a dar el Impulso eléctrico de ataque, y el brazo del robot bajó... Para entonces, Kenjiro estaba ya demasiado cerca del robot para que el golpe pudiese alcanzarle; el golpe se perdió en el vacío de nuevo, y entonces actuó Sato Kenjiro, *Judo Go Dan*[19].

¿Doscientos kilos pesaba aquel artefacto? ¿Realmente?

Kenjiro asió con su mano izquierda la muñeca del brazo que acababa de golpear, se colocó de espaldas al pecho del robot, puso la mano derecha abarcando con la palma la parte que correspondía al sobaco del brazo del robot, y entonces giró, tiró y se Inclinó hacia delante, sin dejar de girar la cabeza, y el cuerpo tras ella, mientras su pierna derecha quedaba pegada a lo largo de la pierna derecha del robot, su cadera derecha Incrustada en la zona de la cadera derecha del artefacto...

Doscientos kilos de chatarra fueron alzados sobre la cadera derecha de Kenjiro Sato, y proyectados en increíble *hane goshi* hacia lo alto. Apenas medio metro. Pero, al segundo siguiente, tras el breve vuelo, el robot caía de espaldas, crujiendo fuertemente. Sus ojos lumínicos se reventaron, dentro de aquel cuerpo hubo chispazos, brotó humo de pronto, y todo movimiento cesó. En el suelo, ante los desorbitados ojos de Asia, quedaba un montón de auténtica chatarra,

Kenjiro Sato sabía que nunca se debe perder tiempo en el ataque. El budoka jamás debe buscar la pelea..., pero cuando la pelea está en marcha, su acción debe ser veloz y decisiva.

—¡No! —gritó Asia, comprendiendo su intención—. ¡No, no! ¡Detenedlo!

Incluso se olvidó de hacer funcionar la pequeña computadora que movía a los robots, de modo que el otro permanecía inmóvil ahora, con el brazo derecho en alto. Fue fantástico, alucinante; Kenjiro llegó ante el artefacto, le abrazó la cintura con su brazo derecho, girando para darle la espalda, alzó el brazo izquierdo para asir la parte

del hombro derecho del robot, y giró y se inclinó hacia delante… Otros doscientos kilos de hierro salieron despedidos desde la cadera de Sato, impulsados por el sencillo pero siempre eficaz o *goshi.* El robot voló, se estrelló contra el suelo, reventó en un surtidor de chispas, y eso fue todo…, mientras en el aire quedaba vibrante el «kiai» de Kenjiro Sato:

—¡TOíllllíiniíííllllll…!

Un instante después, los *nunchaku* se abatían sobre el cuerpo del judoka.

CAPÍTULO X

—Sato... ¡Sato!

Kenjiro abrió los ojos, y en seguida llevó el brazo derecho ante ellos, para protegerlos del haz de luz.

—¿Quién es? —gruñó.

—Soy Yam Prang.

El japonés se sentó rápidamente en el suelo donde había estado tendido. Se mordió los labios para no gritar de dolor, y se quedó mirando Incrédulamente el rostro de Yam Prang, Iluminado ahora por la luz de la linterna.

—¿Qué hace aquí?

Yam Prang apuntó la luz de la linterna hacia el suelo, de modo que el resplandor se esparció uniformemente alrededor, proporcionando una cierta visibilidad Idéntica para ambos hombres. Sentado en el duro suelo, dolorido como nunca en su vida, Kenjiro veía bastante bien la silueta de Yam Prang, y las manchas blancas del esparadrapo en su rostro.

—Sato, tiene que ayudarme... ¡Tiene que ayudarme! —gimió Yam Prang—. ¡Usted es el único que puede hacerlo!

—¿De qué está hablando? —gruñó Kenjiro.

—Nos van a matar a todos, lo sé. He podido escuchar un comentario que Asia ha hecho con sus Invitados... ¡Me ha engañado, nos ha engañado a todos, nos va a matar...!

—No entiendo nada de nada, se lo advierto.

Oyó la profunda Inspiración de Prang. Y luego:

—Asia nos dijo que puesto que usted nos había localizado a mí y a los míos, quizá estuviésemos todos en peligro, de modo que nos trajeron a todos aquí. Pero no para protegernos... ¡Sé que Asia querrá matarnos a los ocho!

—¿A qué ocho? ¿De quiénes habla?

—De mí, de Mai Korang. de Na Paeng... y de mis hijos.

—¿Asia los quiere matar? ¿Por qué?

—Escuche... Mai le engañó a usted, pero fue porque yo se lo ordené. Anoche, después que usted me atacó, fui a buscar ayuda y regresé a casa. Cuando llegamos, usted se había marchado, pero obligué a Mai a decir la verdad. Ella le mintió a usted porque yo le dije que si usted escapaba, mi jefe ordenaría que nos matasen a ella, a mí, a los niños... La asusté tanto, que conseguí que se prestara a seguir

mis instrucciones, todas encaminadas a tenderle una trampa a usted, para capturarlo. Cuando ella salió de casa por la mañana, para reunirse con usted, la estábamos siguiendo, en efecto, pero usted se nos escapó con la motocicleta. Finalmente, por la tarde, cuando bajó a encargar la comida para ustedes en el restaurante Angkor, Mai Korang me llamó por teléfono, y me dijo dónde estaban. Y fuimos a por usted.

—¿Por qué no los avisó antes? Yo no habría sospechado de ella si hubiese querido salir del reservado.

—No. Ella quería salvar a los niños, quería evitar que mi jefe los matase por represalia contra mí por no haber podido matarlo o capturarlo a usted. Yo le había dicho que mi jefe los mataría si no lo capturábamos a usted, y ella... cambió sus vidas por las de los niños.

—¿Nuestras vidas? Querrá decir mi vida.

—No, no... ¡Usted no entiende! Ella quería morir con usted, por lo que le hacía. Pero antes de que muriesen los dos, Mai quiso... vivir con usted el único amor de su vida. Por eso no nos quiso avisar antes, porque quería estar todo un día con usted, vivir su amor de unas horas, y luego morir ambos. No podía soportar que matasen a los niños, así que ofreció a cambio la vida de usted, y ella se habría matado acto seguido. Ya había amado, ya había vivido. Y si usted moría, ella también quería morir. Pero a usted lo capturamos vivo, así que ella no se mató. Yo se lo habría impedido de todos modos, porque Asia me había ordenado que, para que todos estuviésemos a salvo de cualquier plan que usted hubiese puesto en marcha, viniésemos aquí toda mi familia. Y aquí estamos los niños, Mai Korang, Na Paeng y yo. ¡Pero Asia me ha mentido, le he oído decir que todos nosotros también moriremos, porque estamos en descubierto...! ¡Usted tiene que ayudarnos, Sato!

Kenjiro se llevó las manos a la cara, y estuvo así unos segundos. Tardó un poco en comprender la realidad, en comprender lo que había hecho Mai Korang: le amaba a él, pero había preferido entregar la vida de ambos a que matasen a cinco niños y una anciana. Le amaba tanto, que había vendido las vidas de ambos, y antes de morir le había entregado aquel amor que él no había sabido valorar quizá en toda su magnitud. El estaba pensando en utilizarla para capturar a Yam Prang, y ella estaba muriendo por cinco niños. Le amaba a él, y en lugar de asegurarse de que vivirían una larga vida de amor, entregaba las vidas de los dos a cambio de las de otras personas, cinco niños y una vieja. Maiko tenía diecisiete años...

—Sato, por favor...

—¡Cállese!

— ¡Tiene que ayudarnos! —gimió Yam Prang—. ¡Tiene que ayudarme a escapar con mis hijos, tiene que hacerlo! ¡Me quieren matar!

Diecisiete años llenos de vida, de belleza, de dulzura, de amor. Y ella, Maiko, iba a morir por él. No por los niños, sino por él. Porque una vez capturado él... ¿por qué habría tenido que matarse ella? Sólo por amor. Habría salvado a los niños, pero, por haberlo traicionado a él, ella se habría matado.

Kenjiro Sato, *Judo Go Dan,* estaba estupefacto. Algo nuevo estaba ocurriendo en el mundo... Una chiquilla tailandesa le había entregado lo mejor de su primer amor, y luego, por haberle llevado a la muerte, ella quería morir también, no quería vivir sin él, no quería vivir después de haberle traicionado... Kenjiro Sato se estremeció. ¿Podía existir en la vida algo tan realmente hermoso como la generosidad y el amor de Maiko? Unas horas de amor absoluto, y luego, dos vidas por seis. ¿Estaba en el mismo planeta en el que había vivido hasta entonces?

—Sato... ¡Sato!

Sato Kenjiro suspiró profundamente.

—¿Maiko y los niños están aquí? —musitó.

—Sí. Están en un calabozo de aquí abajo, dos puertas más allá de éste. Bueno, no son calabozos. Están destinados a dormitorios de los hombres que irán ingresando en la Asia, los de mayor confianza de él, de ese..., ese asqueroso monstruo...

—No pensaba así hace sólo unas horas.

—¡Ya lo sé! ¡Me ha estado pagando mucho dinero, pero esto no puedo soportarlo, no puedo...! ¡No quiero que maten a mis hijos!

—Dígaselo a Asia. ¿Qué daño pueden hacerle unos niños?

—¡Si le digo algo, él sabrá que le he oído, y entonces no esperará nada para matarnos a todos! Además, él dice que esos niños pueden haberme oído decir cosas comprometedoras, y que si los amigos de usted vuelven, quizá les informen... ¡No quiere que quede nadie vivo! ¡También por algo así tuvimos que matar a Tin Maeng!

—Y ahora le toca a usted.

—¡Van a matar a Maiko! —casi chilló Yam Prang.

Kenjiro asintió con un gesto. Veía ahora perfectamente a Yam Prang, frente a él, arrodillado en el suelo.

—¿Qué cree que podemos hacer, Yam Prang? —preguntó.

—No lo sé... Había pensado intentar sacar de aquí a Maiko y a los niños, pero sé que me encontrarían, y acabarían por matarnos...

—¿Por qué habrían de conseguir eso? Todo lo que tendría que hacer usted sería acudir a la policía.

—¡Asia tiene amigos poderosos en la policía!

Kenjiro sonrió secamente. Una vez más, *Sensei* tenía razón. Y recordando palabras y frases, Kenjiro ya había llegado a la conclusión de que el Maestro no se había equivocado con Mai Korang. Era cierto que no se había fijado en los hombres que aparecían en el fondo de las

fotografías, pero era lógico, ya que no los conocía. Pero cuando él, Kenjiro, dijo que la muchacha de la fotografía debía saber algo de todo el asunto..., ¿qué había replicado el Maestro?: *No adelantes conclusiones. K no pude decirnos lo que significaban estas fotografías, de modo que pueden significar muchas cosas. De todos modos, evidentemente, si fotografió a Mai Korang y tuvo buen cuidado de que las fotografías llegasen hasta Yun Tao, tiene que ser por un buen motivo...*

No adelantar conclusiones. Como siempre, el Maestro tenía razón... Como siempre.

—¿Se le ocurre cómo podemos salir de aquí? —regresó al momento real actual.

—Tengo una pistola.

—¿Eso es todo?

— ¡Puede ser suficiente si usted me ayuda! Sólo hay seis hombres en la casa... ¡Tiene que ayudarme, y llevarnos a mí y a los míos adonde su *Kuro Arashi* pueda protegernos! ¡Yo le diré todo lo que sé sobre la Asia, se lo diré todo!

—Ya sé todo lo que quería saber, no le necesito a usted. Pero sí necesito a Maiko. ¿Hay algún hombre en el pasillo de los calabozos, ahí fuera?

—No. Están en la sala de descanso. Yo les he dicho que venía a ver a mis hijos, y ellos no han desconfiado, claro está. No sospechan que yo sé que nos quieren matar a todos.

—Salgamos de aquí.

Yam Prang abrió la puerta, y fue el primero en salir al pasillo. Tras asegurarse de que no había peligro, avisó a Kenjiro para que hiciese lo mismo. Fueron a la celda donde estaban los cinco niños, Na Paeng y Mai Korang, y Yam Prang abrió la puerta con la llave correspondiente, facilitada por sus compañeros del Asia, junto con las demás, en el gran llavero.

La celda era idéntica a la que había ocupado Kenjiro Sato, pero reunía muy diferentes condiciones. Había luz eléctrica, y a los lados, literas, en las que dormían los niños y las dos mujeres. Los niños continuaron durmiendo, pero Na Paeng y Mai Korang se irguieron vivamente.

—¡Kenjiro! —exclamó Maiko.

Se quedó mirándolo, muy abiertos los ojos, como si el japonés fuese un fantasma. Sato se acercó a ella, le tomó el rostro entre las manos, y la atrajo, para besarla en los labios.

—Maiko, mi amor —susurró.

—¿Qué es lo que pasa? —farfulló la vieja Na Paeng.

—Sato Kenjiro, mi amor —musitó Maiko, suspirando.

—Tenemos que salir de aquí Inmediatamente —dijo Yam Prang —. Na, despierta a los niños, y tú y Mai cuidar bien de ellos. Pase lo

que pase. Sato y yo haremos frente a las dificultades; vosotras ocupaos solamente de sacar a los niños, de escapar.

—Pero... —empezó Mal Korang.

—Han decidido mataros a todos —dijo Kenjiro—. Es mejor que hagáis lo que dice Yam Prang, Maiko.

—Sí, Kenjiro.

Este fue el primero en salir de la celda-dormitorio, apenas un minuto después. Detrás de él, Yam Prang, empuñando la pistola. Luego, Na Paeng, llevando de la mano al niño de cuatro años, y detrás, los tres mayores. La última, llevando en brazos al más pequeño, todavía adormilada, fue Mai Korang.

Recorrieron el pasillo de las celdas, salieron a la otra sala, y Yam Prang señaló la escalinata ascendente, hacia la que se dirigieron las dos mujeres con los niños. Yam Prang se disponía también a subir, pero Kenjiro le sujetó por un brazo.

—No... —susurró—. No podemos hacer eso. Si se dan cuenta, nos perseguirán, y entonces no podremos escapar, es imposible conseguirlo, con los niños. Hay que dejar atrás todo arreglado.

—¿Quiere decir... matar a seis hombres... ahora?

—No será necesario, quizá. Espere a que ellas y los niños hayan salido de la casa... ¿Hay alguien arriba?

—No. Los Invitados están durmiendo, y Asia está en su taller, reparando a sus amigos personales.

—Esperaremos dos minutos.

Mai se había detenido, pero Kenjiro le hizo señas de que continuara la ascensión. Luego, se volvió hacia la puerta que cerraba la gran sala donde había sostenido horas antes la entrevista con Asia y sus invitados. Cuando Mal y los demás hubieron desaparecido, Kenjiro hizo una seña a Yam Prang, y ambos se acercaron a la puerta.

—Ábrala y llame a dos de ellos... —susurró el japonés—. Con naturalidad. ¿Podrá hacerlo?

—Sí... Sí.

—Hágalo.

Kenjiro se colocó a un lado de la puerta, mientras Yam Prang la abría y llamaba. Dijo unas pocas palabras en tailandés, y salió. A los pocos segundos, salían dos de los hombres de Asia, con aspecto aburrido, soñolientos. Yam Prang ya no necesitaba Indicaciones; su pistola cayó fuertemente sobre la cabeza de uno de ellos, que crujió sonoramente. Al mismo tiempo, la dura mano de Kenjiro se abatía sobre la frente del otro, que cayó fulminado.

Dentro del gran aposento se oyeron voces Inquisitivas. El tailandés miró al japonés, que se Inclinó, les quitó las pistolas a los dos desvanecidos enemigos, y empuñó una con cada mano, tras mirarlas con curiosidad que sorprendió no poco a Yam Prang. Este

abrió del todo la puerta, a Indicaciones por señas de Kenjiro, y ambos entraron rápidamente, apuntando Yam Prang con una pistola y Kenjiro con dos a los cuatro sorprendidos hombres.

—Que se desprendan de sus armas, Yam Prang.

—¡Vuestras armas al suelo, pronto! —ordenó el tailandés.

Hubo una vacilación en los cuatro hombres, pero brevísima. Se pusieron en pie, sacaron sus pistolas y las tiraron sobre el gran sofá. Kenjiro se acercó, le quitó el cinturón a uno de los hombres, y lo pasó por los guardamontes de todas las armas, confeccionando así un insólito collar, que se pasó por el cuello. Luego, salió, y regresó arrastrando a los otros dos, mientras Yam Prang continuaba manteniendo a raya a los cuatro.

—¿Se puede cerrar con llave esta puerta, Yam Prang?

—Claro.

—Dígales a sus amigos que vamos a hacer eso, y que nada les va a ocurrir por ahora si permanecen aquí quietos.

Yam Prang transmitió las condiciones de Kenjiro. Ninguno de los hombres reaccionó. Miraban a Kenjiro, eso era todo. Este señaló hacia el exterior. Salieron, Yam Prang cerró la puerta con llave y lanzó un suspiro.

—¡Qué fácil ha sido!

—Sí. Ahora, vamos a matar a Asia.

—¡Qué...! —respingó Yam Prang.

—Yo me encargaré de él —dijo fríamente Kenjiro—. Y no necesito estas porquerías. Tenga.

Se quitó el cinturón con las pistolas, y las tendió a Yam Prang, que estaba demudado.

—¿Qué le pasa? —gruñó Kenjiro—. ¿Está sorprendido por algo? Creo que es bien fácil de entender: no me gusta matar, así que dejo a esos granujas ahí dentro, pero Asia debe morir. El hombre adecuado, para el trabajo adecuado, en el momento adecuado... Mi Maestro me eligió, y yo sé muy bien ahora por qué yo, y no otro. Subamos.

—No... No, no, espere...

—¡No diga ya más tonterías, nada hay que esperar! Kenjiro Sato va a matar a la víbora, para que no ponga más huevos... ¿No entiende esto?

—No..., no podemos... matarlo a él... No podemos...

—Escuche, he sido paciente con esos seis hombres, Yam Prang. Me he limitado a quitarles las pistolas para que no puedan romper la cerradura a tiros. ¿Eso no es benevolencia? Estoy dispuesto a perdonarle a usted, no me tomaré la justicia por mi mano con esos americanos... ¡Pero Asia debe morir!

—¡ No! ¡Yo le voy a matar a usted, yo le v...!

Plop, chascó la silenciosa pistola que empuñaba Yam Prang.

La bala pasó rozando el cuerpo de Kenjiro, que había girado ya en velocísimo *taisabaki,* quedó de espaldas a Yam Prang, le asió el brazo por la muñeca con ambas manos, lo retorció, se lo colocó en el sobaco, y se dejó caer sentado al suelo... Los efectos de la *waki gatame* fueron terribles: el brazo y el hombro de Yam Prang crujieron, se rompieron los huesos, y las astillas aparecieron, perforando la carne, lanzando salpicaduras a todos lados. Yam Prang lanzó un alarido, y cayó hacia atrás, lívido el rostro como el de un cadáver. Kenjiro se revolvió, apartó las pistolas a manotazos, y se quedó mirando muy alterado al tailandés.

—¿Está loco? —jadeó—. ¿Qué le pasa, qué quería hacer?

—Mal... maldito... ¡Maldito! ¡Mal...dito!

Una vez más, hubo un destello de luz en la mente del judoka. Una vez más, la mentira entraba en juego.

— Ha mentido... —casi gritó—. ¡Usted ha mentido! ¡Todo es una mentira! Ha utilizado a sus hijos para que yo le llevase junto a *Sensei,* para delatarlo luego a la Asia o matarlo usted mismo... ¡Quería matar a mi Maestro!

—Sí... ¡Sí, sí, sí! ¡Y le mataremos! Alguien de la Asia lo hará, terminaremos con él y con su organización... ¡Asia no admite rivales!

—¡Rivales! ¡Por todos los...!

La mano derecha de Kenjiro se alzó sobre la cabeza de Yam Prang, que se encogió. Kenjiro no era karateka, pero sabía algunos golpes, Incluso más terribles que los fortísimos impactos de un karateka. Conocía los *atemi* del judo, la perfección del golpe bien dirigido al sitio exacto, al punto vital. Un solo golpe ni siquiera demasiado fuerte, y Yam Prang quedaría muerto ante él...

Pero la mano de Kenjiro Sato no descendió. En su mente, que hervía ya en cosas buenas y malas, brillaron los ojos de aquellos cinco niños que estaban siendo utilizados en un engaño brutal. La mano de Sato estuvo arriba, temblando, bajando y no bajando, ávida del golpe... que no se produjo.

—No puedo matarte yo... —jadeó—. ¡No puedo olvidar esos ojos Infantiles, Yam Prang! ¡Pero no vivirás, no dejaré que vivas! ¡Adonde quiera que vayas, un compañero mío, un budoka, te encontrará, y te matará! ¡Yo no quiero matarte, pero tú no vivirás!

Se puso en pie, recogió las pistolas y asió a Yam Prang por un pie, alejándolo lo máximo de la puerta de la gran sala. Luego, se lanzó escaleras arriba, a toda prisa, ajeno al dolor, insensible. Nada más llegar a la pequeña sala donde daba la escalinata, tiró las pistolas detrás de un sillón, y salió de allí. Estaba en el vestíbulo, donde todo era silencio. Nadie parecía haber oído nada.

En completo silencio, se deslizó por el vestíbulo, hasta que vio la luz por debajo de una de las puertas. Fue allá, la abrió y entró en

aquella estancia. Aquello sí era cierto: Asia estaba allí, en un gran taller lleno de piezas de electrónica, con un gran banco en el centro, sobre el cual estaba uno de los robots, con el «vientre» abierto.

Asia, que había estado Inclinado sobre un grupo de hilos eléctricos, alzó la cabeza, y sus facciones picadas de viruela se desencajaron.

—Sato —musitó.

Inmediatamente, miró detrás de éste; pero Kenjiro movió la cabeza en sentido negativo.

—No. Yam Prang también se ha quedado abajo... Gracias por las facilidades para escapar, pero nadie podrá Ira matara mi Maestro. ¡Nadie!

—Sabes la verdad...

—Sí. Ven, Asia; mis manos te esperan para terminar con tu vida.

—No... ¡No! ¡No te acerques a mí, no me toques! ¡Yo no tengo armas, no puedo defenderme!

—Tampoco podrían defenderse aquellas personas a las que tú ordenases asesinar para complacer deseos de codicia y poder de otras personas; y esas personas serían asesinadas. ¿Por qué no tú, Asia? Ven para que te asesine... ¡Ven!

—¡No! —gritó el enano.

Para auténtico espanto de Kenjiro, Asia prefirió otra muerte, bien diferente a la que habría sufrido a manos del budoka. Metió la mano derecha dentro del «vientre» del robot que había estado reparando, y dio un tirón... Su mano salió, sujetando varios hilos, rodeada de chispas. A Sato Kenjiro le pareció que Asia se estremecía bajo los efectos de un latigazo tremendo, tal fue la sacudida que casi alzó su pequeño cuerpo. Instantáneamente muerto, Asia cayó hacia atrás, con la mano crispada en aquellos hilos tirando con fuerza, de tal modo que el robot cayó sobre él, abriéndose más, y lanzando millones de chispas azuladas, diminutas. Kenjiro Sato retrocedió vivamente, porque las chispas eran cada vez más numerosas, y estaban provocando más chispas en otros sitios, y llamaradas que a su vez provocaron cortocircuitos. Como en un hermoso, pero mortal juego de pirotecnia, todo comenzó a estallar, a incendiarse, saltando las pequeñas llamas de un lado a otro...

Kenjiro Sato no podía hacer otra cosa que retroceder. También fuera de aquella habitación se oían chispazos, y gritos... El budoka salió corriendo al vestíbulo, y vio las llamas que brotaban de la caja de conexiones, al fondo. Arriba se oyeron gritos, y, de pronto, uno de los invitados de Asia apareció en lo alto de la escalinata que subía al piso alto, donde estaban los dormitorios. Iba en pijama, y llamaba a Asia a gritos, preguntando qué ocurría en francés. De pronto, vio a Sato, iluminado por las llamas, y lanzó una exclamación.

Se volvió hacia los dormitorios, gritando, en inglés:

—¡ Harold, trae tu pistola! ¡Es el japonés!

Kenjiro Sato no esperó la llegada de la pistola. Giró a la derecha, abrió la puerta y salió de la casa, corriendo, sin saber ni siquiera dónde ponía los pies...

—¡Kenjiro! ¡KENJIRO!

La voz de Maiko le orientó en la oscuridad. La muchacha apareció ante él, y le tomó de una mano.

—¡Ya estamos todos en la lancha, podemos escapar...! ¿Y Yam Prang?

Kenjiro abrió la boca, pero en aquel momento hubo tras él un estallido. Por una ventana aparecieron las llamas. Luego, por otra, rápidamente, con una rapidez increíble, pero propia de un cortocircuito...

—¿Y Yam Prang? —insistió Maiko, gritando.

Kenjiro Sato la miró, y dijo:

—Lo han matado cuando escapábamos, Maiko. Ha dado la vida por sus hijos... ¡Corre!

Poco después, cuando se alejaban en la lancha de la organización Asia, Kenjiro y Maiko, abrazados, veían las grandes llamas que devoraban rápidamente el nido de aquella víbora... que jamás podría poner huevos.

ESTE ES EL FINAL

Tras la explicación, un largo intervalo de silencio, durante el cual Kenjiro Sato pudo oír el rumor de la fuente-lago, el canto de los pajarillos y el susurro del viento entre los bambúes. Sentado frente a *Sensei,* esperaba. El ya había hablado. Ahora, tenía su turno el Maestro.

—Lo has hecho bien, Kenjiro —dijo por fin *Sensei*—. Quisiera poder concederte cualquier cosa que me pidas. Pide.

—Quiero volver a Bangkok, Maestro.

—¿Para qué? Ya terminaste allí.

—Quisiera, trabajar en el *dojo* de Osamu, como su ayudante.

—Eso es absurdo; tu grado es superior al de Osamu, Kenjiro. ¿No será esto una falsa humildad por tu parte?

—No, Maestro. Quiero volver allá, quedarme en Bangkok hasta que los sobrinos de Maiko puedan valerse por sí mismos. Entonces, quizá ella y yo vengamos para siempre a Tokio. O quizá nos quedemos allí. Ella, es la más hermosa flor de Tailandia, Maestro.

—Y quizá aquí se marchitaría —sonrió *Sensei*—, Has aprendido mucho, Kenjiro. Puedes volver a Banskok, y estoy seguro de que mi nieto y tú encontraréis una solución honorable para el Budo y para vosotros. ¿Qué más me pides?

—Nada más, Maestro.

— Estoy... desconcertado. Pensé que me pedirías otra cosa.

—Ya no quiero ser director general, ni visitador de todos sus *dojos,* Maestro,

—¿Por qué no?

—Porque he comprendido que Masao Wajima lo hará mejor. Eso lo hará mejor él que yo. Pero yo haré mejor que él cosas como la de Bangkok. Maestro, yo siempre quiero estar al servicio de la *Kuro Arashi.* Eso es lo que realmente quiero para siempre.

—¿Te gusta arriesgar tu vida?

—No. Pero ha sido así como he comprendido muchas cosas... Cosas sorprendentes, Maestro. ¿Usted sabía todo lo que iba a ocurrir?

—No desquicies las cosas, Kenjiro. Yo no sabía lo que iba a ocurrir. Pero sí sabía que cuando está en juego la vida y la muerte, el hombre abre sus ojos a verdades desconocidas hasta entonces. Tú has sido injustamente tratado por la vida en varias ocasiones, pero...

—¡*Sensei!* ¿Sabe usted eso de mí? ¿Lo sabe?

—Yo sé todo sobre aquellos discípulos que comienzan a caminar realmente por el buen sendero. ¿Vas a hablarme de las palizas que recibiste de niño? ¿De tu hambre? ¿De tu orfandad? ¿Del campeonato del mundo que jamás ganaste? ¿Del amigo que te traicionó? ¿De aquella mujer que te mintió…? Vamos, Kenjiro, soy viejo, pero aún tengo capacidad de amar a quienes están conmigo. Y si amo, vivo con ellos y sufro con ellos. Hasta hace unos días, para ti, no había en el mundo más sufrimiento que el tuyo, y eso te convertía en un hombre duro, implacable, desagradaba… Pero yo sabía que tu fondo es bueno. Podía… haber estado hablándote durante horas y horas, pero quizá no te habría convencido. Eres… o eras demasiado hermético, demasiado encerrado en tus duros recuerdos. Sólo espero que ahora hayas comprendido que no eres el único en pasarlo mal en la vida. La vida ofrece cosas buenas y cosas malas. Amemos las cosas buenas, soportemos las malas, y, por encima de todo, pensemos que no estamos solos ni en la alegría ni en el sufrimiento. Eso es egoísmo. ¿Lo entiendes, Kenjiro?

—Sí, Maestro.

—Has hecho algo que nunca olvidarás. No es hermoso matar, pero es hermoso saber que has destruido un diminuto punto de maldad. Eso es hermoso. Y es hermoso saber que somos amados, y que cada día el sol sale antes de que se vaya la última estrella… Si piensas en todo esto, Kenjiro, algún día alcanzarás el *satori.* ¿O quizá ya lo has alcanzado, Kenjiro?

Kenjiro Sato miró hacia el sol, hacia los árboles llenos de pájaros, los bambúes, las flores, el agua… Todo era radiante, todo era paz. Y en Bangkok le estaba esperando una persona que había querido dar la vida por haberle mentido…, después de darle su primer amor.

—No lo sé, Maestro. ¿Qué piensa usted?

—Pienso que todavía no… Pero ya has visto el primer punto de luz. Ahora, Kenjiro, sólo tienes que seguir por la vida sin perder de vista ese punto…, y antes de lo que tú crees, habrás alcanzado el *satori.* Mientras tanto —sonrió el Maestro—, vuelve a Bangkok cuanto antes; ni el *satori* ni yo tenemos nada contra el amor.

FIN



¡KIA

HEROES DE LAS ARTES MARC

EDITORIAL BRUGUERA,
en su nueva Serie titu

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventu
puñado de esforzados personaje
puesto sus conocimientos en AI
CIALES al servicio del BIEN y de
CIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyecció
de la fuerza vital que todo hom
y que los BUDOKAS han sabido
hasta límites asombrosos, com
más, alcanzado en el transcurs
camino emprendido en pos de
ción, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASE
RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUE

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELO

PRECIO EN ESPAÑA: 2

Impres

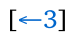
Notas

[←1]

Hajime significa comenzad, en japonés. Voz reglamentaria en judo utilizada en todo el mundo.

[←2]

Tatami es una esterilla de paja prensada, y por extensión se denomina así toda la zona de colchoneta destinada a este tipo de combates



Dojo es la sala o gimnasio donde se imparten disciplinas de Artes Marciales.


[←4]

Dan, significa Grado, dentro del escalafón de Cinturones Negros, que consta de diez, si bien, a partir del 6° Dan son rojos y blancos, y solamente rosa el 10° Dan.

[←5]

Joseki: tribunal, en japonés.

[←6]

Sensei significa Gran Maestro.

[←7]

Kodokan significa La Casa Donde Se Enseña El Camino. Así llamó a su primer dojo el O Sensei Jigoro Kano, creador del judo a partir del jiu-jitsu, imbuyéndole ideas de moralidad y filosofía tales que en la actualidad hay millones de judokas en todo el mundo. El judo ha sido incorporado *en* los depones olímpicos. El Kodokan, máxima autoridad mundial en. judo, es quien imparte las reglas y progresos de este deporte-arte, y es un magnífico dojo, por el que todo judoka quisiera pasar. Su dirección es: 1-1 Kasugacho Bunkyo-Ku, Tokio.

[←8]

Traje o equipo para la práctica del judo. Gi significa «traje» en japonés.

[←9]

En la puntuación en las competiciones de judo se utilizan las siguientes palabras: koka, yuko, wazari, Ippon. IPP0N viene a significar PUNTO, en términos occidentales podría definirse como K.O., ya sea efectivo o técnico. Utilizando un porcentaje convencional, podríamos decir que wazari es un 50% de ippon; yuko sería un 40%, y koka un 25%.

[←10]

Mate se entiende como «esperad, separaos».

[←11]

Las penalizaciones, en judo, son las siguientes y por este orden: shido, chui, kelkoku, hansoku niake. Shido es una advertencia, una llamada amistosa al orden; chui es falta de más gravedad, cometida directamente o bien por reincidencia en falta leve que dio lugar al shido; kelkoku es falta grave, cometida directamente o por reincidencia de chui; hansoku make significa descalificación total, por falta gravísima o reincidencia en kelkoku.

[←12]

Sore made: terminado.

[←13]

Negra Tempestad, en japonés.

[←14]

He oído hablar mucho de usted. ¿Cómo está?

[←15]

Muy bien, gracias. Encantado de conocerla.

[←16]

Espero tener el placer de verle de nuevo.

[←17]

Cuando usted quiera, muy agradecido, Gracias.

[←18]

Triciclo a pedales para el transporte de pasajeros, que hacen funciones de taxi.

[←19]

Quinto Dan de judo, en japonés.